

LA PROPUESTA DE CREER, PARA LOS TIEMPOS MODERNOS

El pensamiento de G. José Chaminade sobre la doctrina católica de la fe

Antonio Gascón sm
Encuentros en el “Año de la fe”. 2012



“A los sacerdotes romanos el Pontífice ha recomendado un suplemento de energías en el anuncio de los contenidos de la fe, denunciando el analfabetismo religioso que hoy aflige a gran parte del mundo cristiano e invocando una renovación catequética capaz de dar a conocer la verdad a todos los hombres. Es preciso que los creyentes pasen de un estado de infantilismo espiritual a un estado de fe adulta; no emancipándose del Magisterio, como algunos quisieran, sino liberándose de la dictadura de las opiniones dominantes y respondiendo con convicciones a los retos de nuestro tiempo”

“L’incontro di Benedetto XVI con il clero della diocesi di Roma.
Umili e liberi dalla vanagloria del mondo”

L’Osservatore Romano
24 febrero 2012, pág 1.

INDICE

I. INTRODUCCIÓN

- a) La vocación misionera de G. José Chaminade:
Misionero apostólico para anunciar la fe y reconstruir la Iglesia católica en Francia
- b) Intención pastoral de la enseñanza de Chaminade sobre la fe

II. VIVIR DE LA FE EN EL CONTEXTO DEL FILOSOFISMO

- a) La fe cristiana ante la expresión religiosa del filosofismo:
Deísmo e indiferencia religiosa
- b) Crítica de G. José Chaminade a la propuesta religiosa ilustrada-liberal

III. TRES PROPUESTAS DE LA ENSEÑANZA CHAMINADIANA SOBRE LA FE

1. FORMAR EN LA DOCTRINA Y LA MORAL CATÓLICAS

- a) A los congregantes de Burdeos
- b) A los religiosos de la Compañía de María y las religiosas Hijas de María

2. APORTACIÓN DE G. JOSÉ CHAMINADE: FE DEL CORAZÓN. CONCEPTO PERSONALISTA DE LA FE, COMO ACTITUD Y ACTO HUMANO

3. LA FE ES EL PRINCIPIO VITAL DE LA VIDA ESPIRITUAL

- a) En las cartas de dirección a Teresa de Lamourous (1795 a 1800)
- b) Documentos para la formación inicial a la vida religiosa de los novicios y religiosos marianistas
- c) Fe y oración: La oración de fe

IV. G.JOSÉ CHAMINADE, HOMBRE DE FE

I. INTRODUCCIÓN

a) La vocación misionera de G. José Chaminade:

Un misionero apostólico que busca anunciar la fe y reconstruir la Iglesia católica en Francia

Gracias a los estudios de Philippe Pierrel (*Por los caminos de la misión*, original de 1989) y de Eduardo Benlloch (*El mensaje Chaminade hoy*, publicado en 1988, en pp 46-51), sabemos que G. José Chaminade durante el destierro en Zaragoza (1797-1800) dio una orientación misionera y pastoral a su ministerio sacerdotal. Al regreso del exilio, en noviembre de 1800, aprovechó su amistad con monseñor De la Tour du Pin para conseguir de “Propaganda Fide” el título de *Misionero apostólico*, que le fue concedido el 28 de marzo de 1801. Con esta prerrogativa canónica puede actuar en todas las diócesis de Francia, bajo la autoridad episcopal, para anunciar la fe.

“Habrá que concluir que la etapa de Zaragoza fue un tiempo de intensa experiencia espiritual, de profunda influencia de María en el beato Chaminade. Descubre un designio divino sobre él. Ve con mayor luz el papel de María en la historia concreta de la salvación. Y, sobre todo, esboza un proyecto pastoral, un método misionero para recristianizar Francia, a su vuelta del exilio. (...) Quiere volver a Francia como *Misionero Apostólico*, no ligado a una diócesis, como los apóstoles en tiempos de los *primeros cristianos*. Todo esto supone en el beato Chaminade un cambio notable de rumbo en su vida”

(E.Benlloch, *En los orígenes de la Familia Marianista*, 64)

En efecto, fue durante el exilio en Zaragoza donde Chaminade fraguó un ardiente celo apostólico. Testimonio de su ardor misionero fue la carta del 26 de agosto de 1800, a Teresa de Lamourous, donde entreviendo el inmediato regreso a Francia ante las noticias de las negociaciones de Napoleón para regular la situación religiosa del país, escribe así:

“Sea valiente: el tiempo y los años pasan; nosotros avanzamos, mi querida Teresa, avanzamos en nuestra carrera, usted y yo, y tenemos poco más o menos la misma edad (Chaminade= 39 años y Lamourous=46); nuestros cuerpos se gastan y todavía no hemos hecho nada. Es cuestión de comenzar algo bueno y de hacer algo por la gloria de Jesucristo, nuestro buen Maestro. Piense en ello y yo también pensaré. Creo que usted sentiría mucha vergüenza de morir sin tener nada que presentar a su Esposo...”

(Carta del 26 de agosto de 1800, a Teresa de Lamourous)

Animado de este ardor apostólico, Chaminade regresó a Burdeos decidido a poner en acto su programa pastoral. Clérigo del Antiguo régimen, inteligente y bien formado antes de que la Revolución suprimiera Seminarios, casas de estudio de religiosos, bibliotecas conventuales y diocesanas, no obstante Chaminade renunció a la carrera eclesiástica

como miembro de la Jerarquía, párroco o profesor de Seminario, para dedicarse a una intensa actividad pastoral.

Su primera actuación misionera y sacerdotal al regresar a Burdeos fue reunir los fieles católicos dispersos y atemorizados, para reconstruir una intensa vida de comunidad cristiana, celebración de la liturgia y de los sacramentos y darles una sólida formación doctrinal para hacer cristianos firmes en su fe y entusiastas misioneros en Burdeos. De sus congregantes saldrán sacerdotes, obispos, curas párrocos, religiosos para diversas órdenes, misioneros en los nuevos territorios de América.

Chaminade rehabilita las antiguas Congregaciones marianas; promueve las consagraciones privadas de los seglares; les invita a todo tipo de acción pastoral y social; practica un importante ministerio de dirección espiritual y predicación de retiros y sermones; reconoce y acepta el surgimiento de nuevas formas de consagración y vida religiosa; y, finalmente, participa en el movimiento de la sociedad francesa a favor de la instrucción escolar como medio para promover el desarrollo moral, espiritual, civil, político y económico del país. Monseñor Donnet reconocía que en la ciudad de Burdeos y su área suburbana no había obra de celo que no tuviera detrás al señor Chaminade y sus congregantes.

En el *Diccionario de la Regla de Vida*, en la voz “Chaminade”, Joseph Verrier afirma que las “ideas clave” del padre Chaminade “cuando comienza el siglo XIX, diez años después de una Revolución violenta que ha provocado una descristianización sistemática y no solamente ha cambiado en Francia la forma de gobierno, sino que también ha modificado profundamente la sociedad, el clima de la vida cristiana y las condiciones de evangelización, tales “claves” de la vida de Chaminade son: **1) La necesidad de repensar la pastoral: de una pastoral de conservación a una pastoral de misión** mediante la creación de comunidades vivas que evangelizan por el testimonio personal y colectivo de sus miembros, por contagio personal y la acción social y el catecumenado; **2) Un precursor de la consagración en el mundo de seglares y religiosos**; 3) Estas consagraciones sitúan a Chaminade y sus discípulos en el “**movimiento congregacional**” de los nuevos institutos religiosos con votos simples surgidos a lo largo del siglo XIX; en el caso chaminadiano, con la creación de dos Institutos, las Hijas de María y la Compañía de María; **4) un ardiente protagonista de la educación cristiana como medio evangelizador** de la sociedad y de desarrollo moral y social de los pueblos; y **5) toda esta visión viene englobada y personalizada en la misión de María en la historia de la salvación**, con la consiguiente devoción mariana y la consagración a María Inmaculada, vencedora del mal, ahora encarnado en el abandono masivo de la religión por las élites intelectuales y las masas populares en Europa.

b) Intención pastoral de la enseñanza de Chaminade sobre la fe

Por lo tanto, desde el regreso a Burdeos la actividad sacerdotal de Chaminade no tendrá otra orientación que la misión de recuperar la fe católica y reconstruir la Iglesia de Francia. Esta intención aparece en la forma, orden y contenido de sus escritos, tal como han llegado hasta nosotros. Eduardo Benlloch los define magistralmente así:

“Al estudiar seriamente los escritos del p. Chaminade, nos daremos cuenta de que la inmensa mayoría de ellos *tienen una finalidad claramente pastoral*. El p. Chaminade no escribía para exponer una doctrina, ni tampoco para transmitir sus experiencias personales (...), la finalidad última es pastoral. Esto puede explicar quizás la heterogeneidad de sus escritos. No busca ante todo reflejar con toda exactitud su pensamiento; lo que escribe sirve, sobre todo, para su misión apostólica: dirigir a las personas, dar vida a los grupos, organizar sus fundaciones, transmitir un espíritu, desarrollar las exigencias espirituales de una misión o las consecuencias de un planteamiento pastoral. Para ello, hace suyos los escritos y las ideas de otros; para ello, asume lo que otros escriben, aunque no sea el reflejo exacto de sus pensamiento.”

(Benloch, “Claves”, en *Revista Marianista Internacional*, Marzo 1984, pág 28).

El mismo Chaminade viene a reconocerlo ante la policía napoleónica, cuando ésta le incautó en 1809 los documentos encontrados en su domicilio. Chaminade explica que:

“Los ocho primeros cuadernos no contienen más que notas informes, algunos extractos o partes de extractos sin orden ni unidad. Cuando el padre Chaminade tenía necesidad de hablar sobre alguna materia de moral o de religión, ponía algunas ideas sobre una hoja suelta; cuando creía haber retenido su asunto, cesaba de escribir. La mayor parte de estos escritos no están redactados. Todas estas hojas sueltas fueron reunidas por su secretario pocos meses después; dos de estos cuadernos aún no tienen puestas las cubiertas.”

(*EP Ecrits et paroles* I, 251)

Debemos contar con el hecho de no encontrar en Chaminade una exposición ordenada y sistemática de la doctrina católica de la fe; ni un pensamiento propio, original, ni grandes desarrollos doctrinales orales o escritos. Chaminade enseña y predica en función de las necesidades de sus oyentes. Pero él posee una estructura mental, un sistema y un método teológico que ha recibido en sus años de estudiante de teología, que se sitúan en la escolástica barroca antiluterana, formada a partir de la doctrina del Concilio de Trento. Libros y doctrina que defendía la fe católica, como la verdadera fe, ante las propuestas de los reformadores; pero que en el nuevo contexto de indiferencia religiosa, Chaminade transformó en apología a favor de la verdad de la fe sobrenatural, ante la crítica de la razón ilustrada.

En conclusión, la enseñanza de la fe en el padre Chaminade posee una finalidad pastoral en el nuevo contexto cultural de principios del siglo XIX. Contexto que había sido creado por el filosofismo y su doble expresión religiosa, el deísmo y la indiferencia religiosa. Chaminade busca defender y transmitir a sus discípulos la verdad de la revelación sobrenatural cristiana y la fe eclesial, ante los ataques de la religión racional del deísmo contra la vida y la doctrina de la Iglesia católica, la inspiración divina de las Sagradas Escrituras, la divinidad de Jesucristo, su Encarnación y Resurrección, la liturgia

y los sacramentos, el dogma y la moral, la jerarquía y la vida religiosa, la historia de la Iglesia... Esto nos lleva a conocer la propuesta de la fe del beato Chaminade en el contexto político y cultural creado por el filosofismo y su forma religiosa: el deísmo y la indiferencia religiosa. Forma filosófica y religiosa que a lo largo de los siglos XIX y XX ha provocado la más dura crítica al cristianismo y a la religión en general y el abandono o defeción masivo de la fe eclesial.

Chaminade resume su así su intención misionera, en la famosa “Carta a los predicadores de retiros”, de 1839: *“Estamos firmemente persuadidos que Dios mismo ha suscitado la fundación del Instituto de María; pero si consideramos en qué tiempos la ha establecido y qué finalidad ha querido que se proponga, descubriremos grandes horizontes. Demos un vistazo a nuestro siglo. ¡Gran Dios!, ¡qué horrorosas tinieblas!; ¡qué espantosa depravación!; ¡qué desoladora indiferencia por la salvación! Porque en los siglos anteriores la corrupción no se introducía nada más que en el corazón; pero hoy en día están gangrenados la razón-intelecto (esprit) y el corazón y el mal de la razón-intelecto es incomparablemente más peligroso e incurable que la del corazón. En este estado de cosas, en estos tiempos de desolación, cuando la generación que ahora nace se encuentra amenazada de ser devorada junto a los que le sucederá, por la irreligión y la impiedad”*.

La secularización, con forma religiosa del deísmo y de la indiferencia religiosa, acreditados por el mito del progreso, es un forma cultural que configura las mentalidades y las conductas en un modo ajeno al cristianismo y a la Iglesia. Motivo por el que el misionero apostólico Chaminade se siente un misionero de la fe para formar hombres de fe, misioneros de la fe en los tiempos modernos. En efecto, en la Europa occidental ha triunfado la forma religiosa del filosofismo; y si bien el fracaso del mito del progreso, ante las dos guerras mundiales, con las masacres de soldados y población civil y el exterminio de pueblos, además del clamoroso hundimiento del comunismo, la historia europea de finales del siglo XX ha venido a dar la razón a los oscuros análisis del padre Chaminade sobre los efectos de la razón inmanente y dominadora y el abandono de la religión.

+++++

II. VIVIR DE LA FE EN EL CONTEXTO DEL FILOSOFISMO

En cada época de la historia de la Iglesia los cristianos vivimos nuestra fe en unas categorías culturales diversas. Esto hace que acentuemos ciertas verdades de la fe y ciertos comportamientos evangélicos en función de los valores y dificultades culturales y sociales del momento.

a) La fe cristiana ante la expresión religiosa del filosofismo: Deísmo e Indiferencia religiosa

El P. Chaminade y sus discípulos (congregantes y religiosos) se vieron emplazados a vivir su fe católica en el surgimiento del pensamiento liberal-burgués moderno, que están en el origen del mundo moderno. En aquel momento, la propuesta religiosa que les imponía la cultura ambiente fue el Deísmo y la Indiferencia religiosa. Debemos advertir que Chaminade no rechazó la cultura moderna en su totalidad; aceptó el nuevo régimen político y económico, la educación escolar y la responsabilidad civil de la mujer, la ciencia y la comunicación y, finalmente, la separación de la Iglesia y el Estado (separación del trono del altar). Pero no aceptó la forma religiosa de la Modernidad contenida en el Deísmo, a la que calificó de irracional y herejía cultural por ser opuesta a la revelación sobrenatural e histórica judeo-cristiana y a la forma eclesial de la fe.

Veamos qué cambios culturales, políticos, sociales y religiosos acontecieron en el paso de la sociedad moderna a la contemporánea, por fuerza de la revolución cultural llamada Ilustración y de la revolución política de la Revolución francesa.

En el antiguo régimen: la Iglesia vivía en régimen de **crístiandad**:

1. Monarquía absoluta: el rey asume todos los poderes públicos, políticos, legales, militares, económicos. Los súbditos profesan la religión del monarca.
2. Sociedad estamental: es una sociedad del privilegio para los estamentos superiores, la aristocracia y el alto clero.
3. Estado confesional: Religión de estado, donde Iglesia, sociedad y Estado constituyen una unidad civil y legal.
4. Funciones sociales de la Iglesia: 1) la instrucción; 2) la sanidad; 3) la asistencia social.
5. Base económica: la propiedad de la tierra, la producción agrícola, el trabajo artesanal y el comercio.
6. Pastoral de conservación
7. Piedad devocional: sentido mágico del sacrum, devocionalismo tardotridentino. No se debe exagerar, porque la Iglesia tridentina fue muy misionera y pastoral, con mucho asociacionismo laical, sentido de la caridad y fuerza intelectual.

**En el orden liberal-burgués: estado de la razón y de la secularización.
Mito del progreso material y moral indefinidos y universales**

1. Razón dominadora: pretende explicarlo todo y del todo (Hegel).
2. En política se da una racionalización del poder y del Estado: La razón se expresa en una Constitución escrita, la división de poderes y un Código civil común para todos. Ya no hay súbditos sino ciudadanos unidos por la misma Constitución.
3. Racionalizar la sociedad mediante la transformación de la riqueza, que pasa de la posesión de la tierra a la posesión de dinero: economía monetaria, la moneda única y banca estatal; la unificación lingüística de una lengua oficial; la centralización de la red de comunicaciones viales y postales; y la centralización y uniformidad burocrática.
4. Sociedad de clases sociales abiertas, sin más norma que el mérito personal, el trabajo y la libre empresa.
5. Revolución científica: la ciencia y la técnica se aplican a la producción industrial y a la mecanización del trabajo humano. Se puede dominar la naturaleza y mejorar las condiciones materiales de vida del hombre.
6. Multiplifica la producción de bienes de consumo, mediante la revolución industrial: da un bienestar material generalizado.
7. Enseñanza obligatoria: a fin de formar al obrero industrial que trabaja con máquinas y al ciudadano que debe votar y participar en la vida política liberal. Con la educación podemos cambiar y mejorar al hombre y a la sociedad.

Situación de la religión y de las iglesias en la sociedad liberal-burguesa:

1. Final del Estado confesional. No hay religión de Estado. El Estado se define neutro en materia religiosa; la religión es asunto de conciencia privada. Pero hay espacio público para profesar las convicciones religiosas y libertad de asociación.
2. La religión dentro de la razón ética (Kant): la religión viene transformada en moral y reducida a la conciencia privada. De la religión moral se pasará a la religión cívica (ej. Krausistas en España) y en religión política con los liberales radicales (ej. Los radicales de la III República francesa) y regímenes totalitarios comunistas y fascistas. Las iglesias son las guardianas de la moral pública y privada. A la religión le compete asegurar el reino de los fines; es decir, el conjunto de los valores morales burgueses del trabajo, la disciplina, la austeridad, el ahorro, la producción, la familia monoparental, la nación, la patria..., que aseguran alcanzar los objetivos universales del mito del progreso.
3. La religión está a la vez en contraste y en diálogo con la nueva racionalidad; es decir, debe demostrar su verdad sobrenatural ante la razón científica e histórica.

La Ilustración y los liberales no fueron ateos; sino que sustituyeron la religión sobrenatural cristiana por una religión racional inmanente que llamamos deísmo. El Deísmo supone que Dios queda absorbido en la razón. Dios es el ordenador del cosmos material. La razón es la revelación de Dios (Hegel): en el orden físico, la naturaleza es conocida y dominada por la ciencia y la tecnología; y en el orden moral, la historia, la

sociedad y el hombre son dominados y transformados por la política, la economía, sociología y la pedagogía y psicología. La esperanza cristiana en la vida eterna es transformada por el mito del progreso o desarrollo económico, político y cultural incesante hasta llegar a una humanidad que vivirá en el pleno bienestar material y moral. Esto comporta el final de la revelación sobrenatural y de la religión positiva de la tradición eclesial cristiana de una Iglesia con sus ritos, sacramentos, magisterio, doctrina, culto. El cristianismo es un símbolo religioso para explicar la naturaleza, la historia, el hombre, ahora superado por la razón (Hegel), el hombre (Fuerbach), la política y la economía (Marx), la ciencia (Comte) y la psicología (Freud).

Acompañando al Deísmo se presenta la Indiferencia religiosa o indiferentismo en materia de religión.

Las diversas confesiones cristianas y las distintas religiones dividen a los pueblos y los hombres, con los diversos credos y guerras de religión. Pero la razón es común a todos los hombres y, por lo tanto, todos estamos unidos por las normas de la razón abstracta y moral. Por lo tanto, solo la razón une a los hombres y pueblos para una común empresa de desarrollo económico y moral; dejando la religión como un sentimiento privado de la conciencia subjetiva. De aquí la indiferencia en materia religiosa.

Al reducir la religión a moral, significa que da lo mismo profesar una confesión cristiana que otra, una religión que otra, creer que no creer; porque en la realidad práctica, lo que importa es el comportamiento moral cívico. Mientras que los credos religiosos separan a los hombres, la racionalidad moral los une en la común naturaleza humana. Por lo tanto, la religión o las religiones que nos prometen la vida eterna no es/son importante/s. Lo que de verdad importa es la actuación moral correcta para mejorar el hombre, la sociedad y la historia, que siempre progresa en mejoras materiales y morales. No es importante creer una fe u otra; importante es ser una buena persona y tener un comportamiento moral justo. También aquí, la religión revelada por Dios en la historia, con sus componentes positivos de una iglesia, el Magisterio, la liturgia, doctrina, sacramentos (la eucaristía, el bautismo), devociones, comunidad fraterna y demás virtudes religiosas de la oración, humildad, paciencia, mansedumbre, misericordia, castidad, piedad... se considera que está sobrepasada por la ética política, económica, ... y todas las demás deontologías profesionales.

En fin, en la sociedad moderna la religión es un asunto privado de la conciencia personal y, por lo tanto, en el nuevo orden liberal la forma pública de la Iglesia ha de estar separada del Estado. La Iglesia es transformada en la guardiana de los valores de la moral pública y privada del orden burgués, en orden a alcanzar los fines del mito del progreso. A esta forma del pensamiento moderno Chaminade, con los clérigos del siglo XIX, aplica las nociones teológicas de “herejía” y de “apostasía”. El deísmo y la indiferencia religiosa son calificados como la herejía actual, en cuanto que rechazo, no de una parte del cristianismo sino de su universalidad. Se trata de una apostasía cultural o abandono social culpable de la fe y de la Iglesia. Deísmo e Indiferentismo revisten, entonces, la categoría teológica de “herejía moderna”:

“Una visión del mundo a primera vista “acristiana” por completo (en el espacio vital del cristianismo anterior) en la época postcristiana de la “edad moderna”, hasta ahora, en el fondo, no ha logrado ser otra cosa que una imitación herética y secularizada de la inteligencia cristiana del mundo y la existencia (...). Teológicamente, la estructura formal que posibilita esta herejía se debe a una concepción que lesiona la misteriosa relación fundamental entre Dios y el mundo, que sólo admite un enunciado dialéctico (...) entendido a la manera deísta (la criatura viene entendida de manera independiente de Dios).”

(K. Rahner, “Herejía”, enciclopedia *Sacramentum Mundi* III, 390-399)

b) Crítica de G. José Chaminade a la propuesta religiosa ilustrada-liberal

Para Chaminade el tipo de racionalidad y de forma religiosa del filosofismo (= deísmo) es una herejía de la razón moderna contra los fundamentos y la totalidad de la revelación judeo-cristiana expresada en la dogmática eclesial; y la indiferencia religiosa es una apostasía cultural de la tradición religiosa cristiana europea. Por lo tanto, para Chaminade la razón moderna debe ser curada con la revelación sobrenatural cristiana.

Para ello, se debe defender la sobrenaturalidad de la revelación y de la fe y la positividad del cristianismo-Iglesia: la oración y la liturgia, los sacramentos, el magisterio y el dogma; la salvación de Jesucristo a través de la mediación sacramental e histórica de la Iglesia, la fraternidad en la comunidad eclesial. Se debe curar la razón con la fe y la moral católicas y la esperanza de la salvación. Esta actitud se opone a la ideología ilustrada del mito del Progreso, como pretensión de explicación de la totalidad de la naturaleza, la historia, el hombre y Dios; y la clave para llegar al logro pleno de la humanidad.

La acción para acreditar y proponer la fe en la sociedad moderna será reconstruir la Iglesia en estado de misión. Chaminade acepta el cambio político-legal-cultural de separación Iglesia-Estado. La misión no es política; no busca reconstruir la unidad del Trono con el Altar; ni se hace contando con la ayuda del Estado ni desde el Estado, sea confesional o liberal-neutral (Lamennais). Chaminade NO pretende una Restauración del régimen de cristiandad, sino poner a todos los católicos (clero, laicos y religiosos) en estado de misión. A Chaminade no le interesa ocupar el poder político. La misión consiste en evangelizar: anunciar la fe católica y reconstruir la institución Iglesia (laicado, clero y vida religiosa), formando comunidades de fe de laicos, sacerdotes y de religiosos, que viven y testimonian la fe. Los religiosos, a través de instituciones escolares, deben enseñar la doctrina, la práctica de la moral, de la liturgia y los sacramentos de la Iglesia católica.

Proponemos una serie cronológica de textos chaminadianos en los que su autor hace una descripción y valoración teológica de las formas religiosas del filosofismo.

1° El 29 de noviembre de 1809: Reunión de los doce. (Documento entregado a la policía napoleónica para explicar qué es la Congregación mariana, en EP, 1, pp. 252.253)

“Los peligros que corre la juventud, el aumento diario de la disolución de las costumbres, los males de nuestra época me llevaron hace unos tres años a esbozar sobre una hoja de papel un proyecto de reunión de doce jóvenes, los más afianzados en la virtud que pude encontrar. Me imaginaba que serían en medio de la juventud como la levadura que siempre hace fermentar los principios de la moral y de la religión (católicas) (...). El celo de estos doce debería redoblar en esta época de misiones.”

2° Carta del 25 de enero de 1822 a don Luis Rothéa: Chaminade afirma

“haber encontrado los medios para restablecer las costumbres cristianas para propagar el espíritu de la religión y oponer así fuertes diques al torrente seductor y corruptor del filosofismo”

3° Carta del 7 de abril de 1825 a mons. Frayssinous, ministro real para los asuntos religiosos y la educación. Chaminade vuelve a exponer el motivo de su misión.

“El cielo se ha dignado inspirarme la fundación del Instituto de María para cooperar en al regeneración de nuestro hermoso país, que se mostraba perdido por el triunfo de la filosofía moderna.”

4° Escrito de 1824 a los párrocos de Burdeos para explicarles qué es la Congregación mariana: *Respuesta a las siete preguntas o dificultades que habitualmente se dirigen a la nueva forma dada en Burdeos a las Congregaciones y a las relaciones que en general mantienen con las parroquias* (en EP, 1, pp. 648. 649).

“Antes de la Revolución, ¿acaso no se había perdido y la práctica de los sacramentos, incluso en Pascua, en las ciudades y entre los hombres? ¿El espíritu de la irreligión y del libertinaje, acaso no hacían progresos en proporción a la pérdida de la fe y de la religión? En esta situación, ¿son suficientes los ejercicios ordinarios de las parroquias para oponer un dique al torrente de la impiedad?”

... ..
“El número de parroquianos disminuye cada día en proporción al debilitamiento del espíritu del cristianismo, o mejor, se pierde en la medida en que la indiferencia religiosa avanza y progresa. Las congregaciones han sido fundadas para curar estos grandes males y reparar las pérdidas inmensas de la religión.”

... ..
“Desde el principio, sin embargo, (las reuniones formativas de la Congregación) se mostraron inviolablemente sujetas a los solos principios católicos y manifestaron su oposición a los sistemas absurdos de los filósofos.”

5° **Carta al papa Gregorio XVI, de 16 de septiembre de 1838**, solicitando la aprobación de las Constituciones de los dos nuevos institutos religiosos, las Hijas de María y la Compañía de María. El documento chaminadiano lleva por subtítulo: *Breve exposición sobre la intención que ha tenido el autor de las Constituciones del Instituto de María y de las de la Compañía de María al fundar estas dos Órdenes.*

“Me he atrevido a revelarles los sentimientos más íntimos de mi corazón. Me atrevo a expresarle, con sencillez del todo filial, cuán grande es desde hace tiempo mi dolor a la vista de los esfuerzos increíbles de la impiedad, del racionalismo moderno y del protestantismo, conjurados para arruinar el bello edificio de la revelación. Para oponer un dique poderoso al torrente del mal, el Cielo me inspiró a comienzos de este siglo solicitar a la Santa Sede las cartas patentes de Misionero apostólico, con la finalidad de reavivar y de volver a encender por todas partes la divina antorcha de la fe, presentado por doquier, ante el asombro del mundo, masas imponentes de cristianos católicos de toda edad, sexo y condición, que reunidos en asociaciones especiales practiquen sin vanidad, pero sin respeto humano, nuestra santa religión en toda la pureza de sus dogmas y de su moral.”

... ..

“Pero este medio (la Congregación mariana de seculares), por más excelente que sea (...), no es suficiente. La filosofía y el protestantismo, favorecidos en Francia desde el poder, se han apoderado de la opinión pública y de las escuelas, esforzándose por extender a todos los espíritus, sobre todo en la infancia y la juventud, este libertinaje del pensamiento, más funesto todavía que el del corazón.”

... ..

“Ante Dios he creído (...) que era necesario fundar dos Ordenes nuevas, una de vírgenes y otra de jóvenes, para que puedan demostrarle al mundo, por el hecho de sus buenos ejemplos, que el cristianismo no es una institución envejecida y que el Evangelio todavía hoy es practicable igual que hace 1800 años; disputándole a la propaganda, oculta bajo mil y un colores, el terreno de las escuelas para todas las clases sociales y en todos los niveles de la enseñanza, especialmente dirigida a la clase del pueblo, la más numerosa y la más abandonada”.

La misión recristianizadora de estos dos nuevos institutos religiosos es la de “propagar el conocimiento, el amor y la práctica de nuestra divina religión por vía de la enseñanza”. Chaminade concluye su larga carta al Papa atribuyendo la inspiración carismática de todas sus obras apostólicas a la protección de “la augusta María (...), porque estoy íntimamente convencido de que Nuestro Señor ha reservado a su santa Madre la gloria particular de ser la sostenedora de la Iglesia en estos últimos tiempos.”

6° **Carta escrita el 24 de agosto de 1839 a los sacerdotes marianistas que debían predicar a los religiosos los ejercicios espirituales de aquel año.** Chaminade entiende que nos encontramos en una guerra religioso-cultural, ante la cual hay que tomar las armas de

la misión, a favor de la Inmaculada Virgen María (triumfo de Dios sobre la no-fe), estableciendo una alianza de misión con Ella.

“Todas las edades de la Iglesia están marcadas por los combates y los gloriosos triunfos de la augusta María. Desde que el Señor estableció la enemistad entre ella y la serpiente, ella ha vencido constantemente al mundo y al infierno. Todas las herejías, nos dice la Iglesia, han inclinado la frente ante la Santísima Virgen y poco a poco ella las ha reducido al silencio y a la nada. Hoy, la gran herejía reinante es la indiferencia religiosa, que va devorando las almas en el sopor del hedonismo y en el marasmo de las pasiones (...). De esta manera, la divina antorcha de la fe palidece y se extingue en el seno de la cristiandad; la virtud huye, viniendo a ser cada vez más rara, y los vicios se desencadenan con un increíble furor. Pareciera que estuviésemos alcanzando el momento predicho de una defección general y de una apostasía de hecho casi universal.”

... ..

“Esta pintura tan tristemente fiel de nuestra época, sin embargo, está lejos de desalentarnos. El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que ella vencerá esta herejía como todas las otras, porque ella es, también hoy, como en otras ocasiones la Mujer por excelencia, la Mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente”.

7° Constituciones de 1839 de la Compañía de María:

Artº 340: “¡Cuántas conquistas ha hecho el filosofismo moderno en el reino de Cristo! La fe se ha debilitado, su antorcha se ha extinguido en un gran número de personas e incluso en corporaciones enteras. Los principios de la religión se alteran más cada día. ¡Cuánto puede en este campo la educación cristiana! La nueva generación, ¡qué pocos maestros encuentra que se comprometan a formar los espíritus y el corazón en el cristianismo! ¿Qué remedios poner a tantos males?!”

Art. 341: “Entre los medios que el Espíritu del Señor en su misericordia ha dado a los hombres para detener los progresos de la impiedad y del libertinaje, se ha dignado inspirar una asociación compuesta por todos los talentos y todos los estados, sacerdotes y laicos, cuya principal finalidad es formar la infancia y la juventud de toda clase social: ésta es la Compañía de María.”

En conclusión, el proyecto misionero del beato Chaminade fue formar hombres de fe, misioneros de la fe en los tiempos modernos.

+++++

III. TRES PROPUESTAS DE LA ENSEÑANZA CHAMINADIANA SOBRE LA FE

1. Formar en la doctrina y la moral católicas.
2. La “fe del corazón”. Concepto personalista de la fe como actitud y acto humano.
3. Hacer de la fe el principio vital de la vida espiritual. La oración de fe.

1. FORMAR EN LA DOCTRINA Y LA MORAL CATOLICAS

Chaminade comenzó a enseñar la doctrina católica a los congregantes de Burdeos, con la finalidad de contrarrestar las doctrinas deístas y abrazar la fe eclesial.

La enseñanza chaminadiana sobre la fe a los congregantes de Burdeos se encuentra recogida en los cuatro primeros volúmenes de *Ecrits et paroles* (EP): *Le temps des laïcs*. Se trata de esquemas y notas para sus sermones y conferencias, retiros y diversos reglamentos de la Congregación.

Con sus congregantes seculares, el beato Chaminade comenzó defendiendo la necesidad de conocer, creer y practicar las verdades de la fe católica, reveladas por Dios y expuestas ordenadamente por la Iglesia, contra la propuesta deísta de una religión moral o cívica que sirve para ejercer de buen ciudadano.

La fe de la religión católica es objetiva; es decir, contiene unas verdades reveladas por Dios y expuestas ordenadamente por la Iglesia, que los fieles deben conocer y creer, porque son necesarias para la salvación personal. Por su naturaleza, la fe religiosa católica se contrapone a la forma moral y cívica de la religión en el deísmo. Por lo tanto en la enseñanza del padre Chaminade hay un fuerte comportamiento apologético y docente.

Un congregante suscita este debate en la sesión de la tarde del domingo en la asamblea de la Congregación:

“Usted ha dicho, señor, que la vida humana natural por buena que sea, no puede producir la salvación, que pertenece a la sola vida sobrenatural de la fe; deseamos que explique estas palabras, “natural” y “sobrenatural”, porque a menudo se oye decir a la gente que basta con ser buen ciudadano, buen padre, buen esposo, en fin, ser un hombre honrado; ¿acaso no basta con esto para salvarse?”

(Conférences sur la foi, première conférence, en EP, 3, p. 262)

En uno de sus sermones, Chaminade explica el origen sobrenatural de las verdades de la fe católica:

“Primera parte. Existe la otra vida; hay un Dios que es la soberana felicidad del hombre; hay una eternidad, etc... Hay medios proporcionados para alcanzar este fin: la gracia, los sacramentos, etc... Estos son objetos que no pueden ser conocidos por una luz natural (la razón); es necesaria una luz proporcionada, una luz sobrenatural: la fe, que es una participación en la luz sobrenatural”.

(Troisième privilège de la vertu: Lumière surnaturelle para opposition a l’aveuglement spirituel, en EP,3, p. 332)

Para demostrar la sobrenaturalidad de la fe, en sus contenidos y su naturaleza, el beato Chaminade se sirvió de las pruebas de la revelación y de la fe: que son dos, las pruebas externas a la persona humana y las pruebas internas (personales). Ambas pruebas se reclaman las unas a las otras. Por las pruebas internas, la finalidad pastoral de Chaminade se orienta a suscitar en la persona el reconocimiento de la vocación sobrenatural y al deseo de salvación eterna. Chaminade explica que hay una correspondencia entre este deseo humano de plenitud de sentido y de logro pleno de la existencia con la oferta divina revelada de salvación en Jesucristo, por medio de la Iglesia. De este modo, la noticia de la salvación es atendible al juicio o razón de la persona humana, hasta llegar al asentimiento de la fe que se presta a Dios. Chaminade explica la íntima correspondencia existente entre las pruebas externas y los motivos internos para creer, sirviéndose de la clásica explicación de san Agustín sobre la profesión de la fe *Credo in Deum*: “Todas las disposiciones de la fe están comprendidas en la expresión de la profesión de fe del Credo, *Credo in Deum*: que significa a la vez creer en Dios, creer a Dios y creer Dios.”

Las pruebas externas:

Para probar a sus congregantes la verdad de la religión revelada y su origen o naturaleza divina, con un sentido apologético, Chaminade explicó las tres disposiciones contenidas en el acto de la fe. A esta explicación la llamó *los tres principios*:

- 1er principio: Hay que creer en la existencia de Dios. Creer que hay un Dios omnipotente, creador y soberano del mundo que gobierna el universo. A este Dios se le puede conocer a través de la naturaleza.
- 2do principio: Hay que creer que este Dios omnipotente y creador se ha revelado en la conciencia del hombre a través de las religiones del pasado; pero, sobre todo, en la historia de Israel y de Jesucristo, dándonos a conocer verdades sobrenaturales que afectan al hombre, porque nos prometen nuestra salvación.
- 3er principio: en conclusión, a un Dios así se le debe responder con el asentimiento de la fe, porque nos ha revelado nuestra salvación personal.

En los **retiros de 1813 a los congregantes**, Chaminade ofrece una exposición de su método teológico basado en las pruebas externas de la religión y de la revelación. El predicador empleó el método de la apologética católica contra el deísmo. El método debe probar la existencia de Dios y de la revelación sobrenatural, para mostrar la posibilidad de su conocimiento por los sentidos, la razón y la conciencia; y, así, la obligación moral grave para el hombre de creer en Dios cuando estamos ciertos de que es Dios mismo

quien se nos ha revelado. El método se organiza siguiendo el proyecto divino de la historia de la revelación salvadora, en tres etapas de la historia religiosa de la humanidad: 1) antes de la antigua Alianza; 2) después de la Ley dada a Moisés; y 3) la plenitud de la revelación y de la salvación en Jesucristo y la consumación escatológica. El método dio lugar a la apologética clásica del siglo XIX, con sus tres argumentaciones: 1) la religiosa, 2) la cristiana; y 3) la católica, para demostrar la posibilidad filosófica y el hecho histórico de la revelación y de su conocimiento por el hombre en las religiones naturales, en la historia de Israel, en Jesucristo y en la doctrina y la vida sacramental de la Iglesia católica.

Exponemos los retiros según las **notas de J.B. Lallanne**, recogidos en EP, 1, pp. 268-293. El predicador enuncia la tesis: *Credo in Deum*, y la explica con la doctrina de “los tres principios”:

Demostración 1ª: La revelación antes de la Nueva Alianza.

Procede así: Dios se ha revelado y lo podemos conocer...

a) en la Creación o naturaleza. Es una prueba externas que nos permite conocer la existencia de Dios y su revelación por los sentidos. También se ha revelado en la voz de la conciencia. Esta es una prueba interior al hombre. Pero la ley natural de la conciencia fue rota por el pecado y el estado natural de gracia quedó destruido.

b) por la ley escrita de los Mandamientos y las Sagradas Escrituras, que concuerdan con la ley de la conciencia.

Conclusión 1ª: Dios es el ser que es, ser de los seres, ser supremo, ser eterno, ser todopoderoso, ser omnipotente. Esta manifestación de Dios se acoge por la fe de la razón, que no nos salva.

Demostración 2ª: Después de la Nueva Alianza, acontecida por Jesucristo y transmitida por los apóstoles.

Jesucristo nos ha manifestado una ley nueva de amor y de gracia; ley que se puede practicar por la virtud y los méritos de Cristo y del amor que Dios da para cumplirla. La justicia y el amor de Dios se han manifestado en la cruz de Cristo, que es la obra maestro del amor.

Conclusión 2ª: Esta manifestación de Dios se acoge por la fe que salva o la fe que es don de Dios. El hombre es capaz de esta fe sobrenatural porque ha sido creado a imagen y semejanza divina. La persona humana, por tener una dimensión espiritual-anímica, puede recibir la revelación de Dios. En conclusión, la fe reside en el alma (no en la razón) por tratarse de una virtud sobrenatural.

Demostración 3ª: Argumentación escatológica. Las meditaciones finales proponen considerar la etapa última y definitiva de la historia de la revelación y salvación, con los temas clásicos de los novísimos: muerte, juicio final, infierno y eternidad. Concluyendo con una meditación acerca de las tres virtudes teologales y su función específica en orden a la salvación.

Tenemos las notas personales de Chaminade, que llevan el título de *El hombre se eleva hasta la fe por la razón*. Pretende explicar que “el hombre, considerando la naturaleza, cualidades y objeto de la fe, se guía por la fe”. Parte de la confesión *Credo in Deum* y explica las implicaciones de se encierran en esta confesión de

fe. Ante todo, se parte de la evidencia de la existencia de Dios y de su revelación: “Dios se ha manifestado y manifestándose ha mostrado todo cuanto era necesario para probarnos su existencia; entonces, hay que confiar en él y hay que tender hacia él”.

Las pruebas que Dios nos ha dado de su existencia son:

- 1) La manifestación por sus obras de la creación.
- 2) La manifestación de su Ley.
- 3) La manifestación a través de la constitución del ser del hombre creado a imagen de Dios.

Notas personales del predicador para los ejercicios de 1813, bajo el título de “El hombre se eleva a la fe por la razón”:

El hombre considerando la naturaleza, las cualidades, los objetos de la fe. El hombre dirigiéndose por la fe.

1° ejercicio. *Credo in Deum: creo en Dios*. De la explicación de estas palabras se concluye la existencia de un Ser soberano, una Verdad soberana, una Bondad Soberana.

Dios se ha manifestado y se manifestándose ha mostrado todo lo que se necesitaba para probar que él existe, que es necesario confiar en él, que es necesario orientarse hacia él... Columna de fuego y de nubes, figura de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ver Nota 1°.

Primera manifestación por sus obras...

2° ejercicio. 2da manifestación por su Ley. 1ra explicación del salmo 18 donde se une la 2da manifestación con la 1ra.

3er ejercicio. 3ra manifestación por Jesucristo. 2da explicación del salmo 18.

4° ejercicio. ¿Qué es el hombre? Creación del hombre. El hombre a imagen de Dios: Dios se manifiesta en el hombre en la constitución de su ser.

5° ejercicio. ¿Qué es Dios? Respuesta por las cuatro manifestaciones. Respuesta más directa. Es el Ser necesario, eterno, inmenso, providencia, justicia, misericordia de Dios.

Nota. Isaías 40, 12 dice que Dios soporta sobre tres dedos la masa de la tierra, etc (Is 40, 12). ¿Qué son estos tres dedos? Su potencia, su sabiduría y su bondad. Por su sabiduría significa que él lo quiere hacer; por su bondad, que él lo quiere; y por su potencia toda, lo ejecuta. Mediante estos tres atributos él sostiene, gobierna y dirige todas las cosas hacia su fin último. La fe se refiere a la sabiduría; la esperanza a su omnipotencia; la caridad a su bondad.

6° y 7° ejercicio. Necesidad de la fe. Explicación del capítulo 11 a los Hebreos. En el 6° ejercicio se aplicará en modo particular lo que es la fe. Su naturaleza, su precio, la estima en que se ha de tener a los patriarcas y los profetas, etc... (Hb 11).

8° ejercicio. ¿Qué medio para venir a la fe? Por la humildad. De la humildad. La una y otra virtud, fundamentos. Cómo la fe es raíz de toda justicia.

En consecuencia, la doctrina de Chaminade sobre la fe está puesta en relación con el concepto de Dios y su revelación, del hombre y su salvación. En tal modo que las pruebas externas (de razón y de conciencia), están referidas a las pruebas internas, del

humano deseo de salvación. Chaminade sabía que las pruebas externas no demuestran la fe; sólo son defensas apologéticas contra la crítica racionalista a la doctrina católica. Pero ya es mucho mostrar la suficiencia racional de la fe. Chaminade enseñaba que para venir a la fe había que proponer las verdades de la fe, sin quedarse o perderse en filosofías. Pero desarrolló las pruebas interiores a la persona en búsqueda de sentido y de salvación absoluta.

Es decir, si bien situado en el contexto de la crítica del racionalismo a la religión sobrenatural, Chaminade se mantuvo fiel al concepto católico de la fe como principio y raíz de la justificación, elaborado por el Concilio de Trento en un contexto luterano. El pensamiento y la pastoral de Chaminade se sitúan entre la enseñanza del Concilio tridentino sobre la cuestión luterana por la justificación y el Concilio Vaticano I, en el debate de la relación fe-razón. La genialidad pastoral de G. José Chaminade fue la de conjuntar ambas propuestas de la fe: una primera propuesta de cariz apologético, ante la nueva razón ilustrada, para explicar a sus discípulos la racionalidad de creer; y la segunda propuesta, íntimamente unida en el método pastoral y teológico a la primera, sobre el humano deseo de una salvación personal.

Las pruebas internas:

Ya en los primeros años con la Congregación, Chaminade comenzó a explicar las pruebas internas de la fe, o los motivos personales para creer. Porque a las verdades y a la veracidad del Dios que revela, se adhiere la convicción interior del hombre que cree que los que Dios le ha revelado es verdad, porque Dios revela y promete cumplir el mayor deseo de la naturaleza humana: la absoluta plenitud de la persona o la propia salvación eterna. Para ello, Chaminade empleó el concepto tomista de la fe como *piadosa afección*, que él había estudiado en la teología escolástica. Por el concepto de la “piadosa afección”, la fe afecta tanto al conocimiento por la razón de las verdades reveladas, cuanto a la volición o amor al contenido de dichas verdades, porque ellas son el objeto más profundo de nuestro deseo. De este modo, la virtud sobrenatural de la fe está unida a las virtudes de la caridad o amor a Dios y de la esperanza.

Las tres virtudes sobrenaturales se asientan sobre las tres capacidades naturales del hombre: la fe inicia en la inteligencia, la caridad en la voluntad y la esperanza en la memoria. Modo en el que santo Tomás ordenó el catecismo de la doctrina cristiana que los fieles deben conocer: 1) qué tengo que conocer de la doctrina cristiana (la fe), 2) qué tengo que practicar o amar como buen cristiano (la caridad); y 3) qué tengo que esperar de Dios (esperanza). Estas tres cuestiones, fueron retomadas por Lutero en su catecismo y el filósofo Kant las transformó en las tres grandes cuestiones antropológicas: 1) qué puedo saber (razón), 2) qué debo hacer (ética), y 3) qué me queda esperar (utopía); en resumen, qué es el hombre. En fin, el acto de creer en Dios implica todas las potencias del hombre. Se cree con toda la persona. En EP, 2, p. 160, leemos:

“Para la fe se necesita no solamente, del lado del entendimiento, la luz (=razón), sino también, del lado de la voluntad, una piadosa afección; es la voluntad la que cautiva al entendimiento para el servicio de Jesucristo con el yugo de la fe y le impone no retirarle su asentimiento aun cuando no se tanga la

evidencia, según está dicho: la fe del corazón obtiene la justicia (Rm 10. 10); corazones lentos para creer (Lc 24, 25).”

En resumen, la relación entre las pruebas externas para creer y las pruebas internas se pone en el hecho que las verdades reveladas dan noticia al hombre de su salvación eterna. Promesa que interesa sobremanera a cada uno de nosotros. Dios nos revela el sentido último de salvación o de condenación de la vida del hombre, noticia que interesa al hombre, de donde se suscita el deseo de creer. Podemos definir así la intención pastoral y el método catequético del Fundador: a partir de la objetividad de la revelación y de la doctrina de la Iglesia, Chaminade conduce a la persona hacia la decisión de creer. Decisión que está fundada en el conocimiento de la razón, pero que reside en la rectitud del corazón. Esto le llevará a formular la doctrina de la “fe del corazón”; si bien presente en toda su actividad pastoral, encontrará el mayor desarrollo en a partir de la década de 1830.

¿De dónde ha tomado Chaminade esta concepción de la fe? El concepto teológico-tomista de *piadosa afección* llevará a Chaminade a elaborar la expresión y la doctrina de *fe del corazón*, desarrollada a partir de la década de los años 1820 y 1830. Fe del corazón es una expresión paulina de la que el Fundador hizo el centro de su enseñanza sobre la fe. Probablemente proviene de la confluencia entre la teología escolástica y la escuela francesa de espiritualidad, en las que él se ha formado; y que en ámbito francés participa del sentido de las *razones del corazón* de Pascal. En fin, la propuesta de la *fe del corazón* se convirtió en la mejor aportación de Chaminade a la doctrina de la fe católica en los tiempos modernos, en correspondencia con el giro del pensamiento moderno hacia la subjetividad. Nuestro fundador se expresaba así:

“Es preciso conducir el corazón por las luces interiores de la fe. El justo vive de la fe... La fe del corazón obtiene la justicia... El justo no cree solamente las verdades que la religión le propone, sino que las observa y las ama; y por una verdadera afección del corazón, se sirve de ellas como fundamento y escalones para acceder a la justicia”

(De la Foi, en EP, 3, p. 469)

Chaminade se vio obligado a hacer la crítica a la pretensión de dominio absoluto de la razón inmanente en el campo de la religión o como contrincante capaz de alcanzar la omnisciencia de Dios. El Deísmo se presentaba como una religión racional: sus contenidos y la convicción personal y colectiva de la verdad de los mismos se basaban en la certeza de la propia razón humana. Por la razón, el deísmo sostenía que hay un Dios, hay un orden racional en las leyes de la naturaleza, un comportamiento moral y una justicia en la sociedad. Mientras que el cristianismo era acusado de ser una religión absurda de misterios inexplicables por la razón, como son la inspiración divina de las Sagradas Escrituras, la santísima Trinidad, la concepción virginal de Cristo, la encarnación del Verbo en Jesús de Nazaret, la resurrección de Cristo, la transubstanciación eucarística, la inhabitación de la Trinidad en el alma, la salvación eterna... Misterios que además no servían ni para el bien de la persona ni para mejorar la sociedad. Entonces Chaminade tuvo que explicar a sus congregantes la relación entre la razón y la fe y el tipo de conocimiento es de la fe; es decir, el origen, contenidos y

fundamento de la fe. Estas cuestiones condujeron al problema suscitado por el pensamiento moderno de “el uso de la razón en el orden de la religión”.

Siguiendo la tradición teológica de la Iglesia, Chaminade sostiene que Dios ha derramado en la inteligencia del hombre la luz de la razón y la luz de la fe. Ambos conocimientos tienen un mismo origen divino y se ayudan mutuamente para orientar al hombre en la vida. El Fundador enseña que “la razón es una luz que Dios también derrama en nuestras almas. La razón es una facultad que distingue al hombre del animal. (Si bien) la razón no parece no tener ningún uso en el orden de la religión..., y sin embargo no se puede ser capaz de la religión sino porque se posee la facultad de la razón. ¿Cuál es, entonces, su uso en la religión? Chaminade enseña que a la razón compete analizar la credibilidad o, al menos, la racionalidad de las verdades reveladas. Pero la razón no puede comprender ni la extensión ni la profundidad de los misterios revelados; como también sucede en la vida cotidiana, incluso en las ciencias, en donde sabemos cosas que no podemos explicar, simplemente porque no se nos manifiestan ilógicas. Además, Dios nos ofrece la revelación acreditada por medio de milagros, que son signos externos dados a nuestros sentidos para suscitar o confirmar la fe. Porque sólo la fe nos permite conocer las verdades reveladas.

Entonces, ¿cuál es la naturaleza del conocimiento de la fe? Chaminade responde que “la fe es una luz que Dios derrama en nuestras almas, por la cual creemos firmemente en Dios y en todo aquello que él nos ha revelado, aun cuando no lo comprendemos”. Y ¿por qué las aceptamos si no las comprendemos? Porque el hombre comprende que el Dios que las revela es un Dios veraz. Es decir, la verdad de la revelación se fundamenta en la veracidad del Dios revelador, al que el hombre tiene por veraz y seguro. Para explicar esto, Chaminade emplea la distinción de la tradición teológica entre creer en las **cosas que Dios revela** (llamada *fides quae*, es decir, **creo que**), por la **confianza que me merece el Dios que las revela** (llamada *fides qua*, es decir **te creo a ti o creo lo que dices por ser tú quien me lo dice**). En el proceso del acto de la fe, el intelecto discierne el origen divino de la revelación, pero “la fe es una aquiescencia, una sumisión del espíritu y del corazón a todas las verdades reveladas. Esta sumisión tiene por motivo la autoridad infalible de Dios, que las ha revelado todas por igual”. Las verdades de la fe reciben su certeza del mismo Dios, que es veraz y seguro.

Por eso se deben retener con firmeza las verdades de la fe, por encima de los razonamientos de la filosofía y de los avances científicos, porque estos conocimientos dependen de los paradigmas del conocimiento finito humano; son provisionales y reformables en función del avance de la investigación científica y del progreso de la razón filosófica.

“Firmeza de la fe. Negaremos todo cuanto los sentidos, la razón, la demostración o cualquier otra autoridad pudiera sugerir, antes que negar lo que la fe nos enseña... 1) Los sentidos contra la eucaristía; 2) la filosofía nos dirá según sus principios que de la nada no se puede hacer nada, contra la creación...; que no hay retorno posible de la privación a aquello que es, contra la resurrección...; el accidente no puede estar sin sujeto, contra la consagración...”

La fe dirá: ¿acaso Dios no ha dejado por loca la sabiduría de este mundo (1Cor 1, 20)... “Aparta los argumentos allí donde se encuentra la fe; incluso

callen los razonamientos, porque no creemos a los filósofos, sino a los pescadores (San Ambrosio)”.

(Sermon sur le bonheur de croire, en EP, 3, pp. 474-475.)

Pero si la fe es tan segura, surge el problema –ya estudiado por santo Tomás- de la oscuridad de las verdades de la fe para el conocimiento racional. A esta dificultad respondió Chaminade con las **instrucciones sobre las tinieblas de la fe**. Hay dos motivos por los que la razón no puede explicar las verdades de la fe. 1) Porque estas verdades de contienen realidades divinas; por eso son verdades inconmensurables para nuestro conocimiento finito; y 2) debido a la situación de pecador, el hombre no puede conocer las cosas de Dios; por su orgullo el hombre quiso conocer como Dios conoce, distinguiendo el bien del mal, y desde entonces la razón quedó incapacitada para conocer a Dios. El hombre “se ha perdido por el abuso de su razón”. Por lo tanto, “la fe, como dice san Pablo, no se confirma ni por el razonamiento ni por los sentidos externos, sino por la tradición santa y por el anuncio del Evangelio. La fe viene de la predicación de la palabra de Dios... ¡A qué extravagancia conduce la razón cuando no está guiada por la fe!”. (De la certitude de la foi, en EP, 3, p. 466).

Las explicaciones sobre la oscuridad de la fe, se convierten en un motivo apologetico para señalar los límites de la razón humana que es inmanente, finita y aplicada sobre las cosas del mundo. De este modo viene invalidada la pretensión de una razón omnicomprensiva. Además, tampoco puede ofrecer al hombre un horizonte absoluto de sentido pleno, porque no le está dado discernir el bien del mal (nosotros hemos asistido al fracaso del mito liberal del progreso, del Imperio de los mil años del nazismo y del radiante porvenir del comunismo).

Otra defensa de la vida católica ante la religión cívica del deísmo fue la enseñanza de la moral católica. Una constante de la actividad pastoral de Chaminade fue inculcar en sus congregantes la rectitud moral de la existencia cristiana. Porque *la fe sobrenatural es una fe práctica y operante en las buenas obras*. Es decir, *la virtud sobrenatural de la fe mueve la conducta moral cristiana*. Esta enseñanza de la fe práctica recoge la doctrina católica del Concilio de Trento de la fe operante en la caridad para la justificación, como interpretación correcta de la expresión paulina de “el justo vive de la fe”.

“La fe es el fundamento de las costumbres; ella nos muestra los límites de la virtud y del vicio, los de la verdad y el error. La fe nos hace practicar el bien por motivos estimulantes que interesan al amor propio y que nos impide hacer el mal por motivos represivos.” (esto es, por el bien personal y evitar el disgusto de nuestra conciencia).

(Sermon sur le bonheur de croire, en EP, 3, p.472).

Chaminade quiere que sus congregantes configuren sus vidas y sus conductas “según las máximas de la fe”, porque “vivir de la fe es actuar conforme a la fe”. El congregante debe poner en práctica cuanto nos ha enseñado Nuestro Señor Jesucristo. Su interés pastoral es hacer que la fe no se quede en un mero intelectualismo de saber cosas sobre Dios, sino que configuren la conducta personal. Para ello acuñó la fórmula de *fe práctica* y, también, *fe del corazón*, entendida en esta primera década con la Congregación en sentido moral de conducta cristiana.

También a los religiosos y religiosas de los dos nuevos institutos, las Hijas de María y la Compañía de María, Chaminade comenzó enseñando la necesidad de poseer una fe ilustrada según la doctrina de la Iglesia.

Con sus nuevos religiosos, el beato Chaminade ejerce una tarea docente con dos finalidades; de un lado, quiere formar las inteligencias y las conciencias en la doctrina de la Iglesia y, de otro lado, enseñar las prácticas de la vida espiritual. Movidado por un interés didáctico y apologético, el fundador aduce la misma argumentación antideísta que hemos visto con los congregantes. Para ello, emplea una explicación muy querida basada en los **tres significados del acto de fe, *Credo in Deum***, según la explicación de san Agustín: ***Credere Deum; credere Deo y credere in Deum***; que Chaminade hace coincidir con las tres argumentaciones apologéticas de la existencia de Dios, atendiendo al plan divino de la revelación y de la salvación: 1) en el principio, Dios se manifestó en su creación; 2) en el presente se manifiesta con su providencia; y 3) al final de los tiempos, se manifestará con la salvación. Chaminade empleó esta argumentación con sus jóvenes religiosos y religiosas para suscitar la confianza y el abandono en Dios creador, providente y salvador.

De una serie de **conferencias a las Hijas de María, tenidas en Agen en agosto de 1821**, conservamos las notas de la madre María de la Concepción (Adela de Trenquelléon). En ellas nos dice que “el Buen Padre (...) nos explicó estos tres principios”.

- “1. Dios es nuestro primer principio y nuestro fin último. Todo viene de Dios, hasta el menor acontecimiento; por lo tanto, entera sumisión en todo cuanto nos advenga, etc.
2. Todo es en Dios, nosotros mismos estamos en Dios. Pero nos servimos de nuestras facultades para ofenderle; le hacemos servir a nuestras iniquidades y para ello nos servimos de las facultades que él mismo ha puesto en nosotros y que no podrían actuar sin su permiso.
3. Todo es para Dios: para él debemos hacer todo; a él debemos referirlo todo y no hacer nada para contentar nuestro miserable amor propio que desea todo”.

La gran exposición de este método apologético y didáctico fue dada durante las instrucciones dadas a los novicios de San Lorenzo, ente el 14 y el 15 de febrero de 1823. Chaminade siguió las explicaciones de Lambert en su obra, *Instructions courtes et familières sur le Symbole*. Chaminade busca demostrar la verdad de la religión cristiana, dentro del sistema teológico de los apologistas de la razón. Estas instrucciones están recogidas en las Notas de Retiros II, pág 288-300 y en EP, 6, pp. 39-62. Insistiendo en la necesidad de instruirse en la religión católica y en la utilidad de esta instrucción, Chaminade vuelve a emplear el método de explicar la existencia de Dios por sus manifestaciones en la creación, en la estructura ontológica del hombre, en la historia de Israel y, sobre todo, en Jesucristo.

Pero Chaminade sabía que bastaba exponer los contenidos del credo (una argumentación racionalista) para atraer a la fe. Era necesario apelar a las motivaciones interiores de la persona. Es preciso hablar al corazón. Así se expresa en **dos cartas del 5 y 23 de julio de 1825 al P. Caillet**, que iba a tener un diálogo espiritual con el señor Luis de Saget, Presidente de la Cámara del Tribunal de Burdeos. Chaminade recomienda:

“Háblele el lenguaje de la fe: ¿La religión es verdadera, bien verdadera? Entonces, ¿hay una eternidad absolutamente feliz y otra absolutamente desgraciada? Si... entonces... Alguna vez, entre en las pruebas; provéale de algún libro donde estas verdades estén bien probadas; pero si estos libros son áridos, como a menudo sucede, que el padre Busson, en algunas conversaciones particulares, derrame la unción de la fe... Es posible que el padre Busson considere conveniente ocuparle con algunos escritos que sean de este género... Cuando don David Monier se convirtió tenía tres años menos que el señor Saget; le hice trabajar mucho, pero sin absorberle... Si puede ser una fe libre y un poco probada puede usted comprometerle a que me escriba sus disposiciones; usted puede hacerme llegar las cartas sin ningún gasto de correo, etc... Por lo demás, recemos por él. (...)” (5 julio 1825).

“Que trabaje antes en ser mejor que en ser más sabio en la religión. La fe es un don de Dios y no una adquisición del estudio; el estudio es, sin embargo, una buena guía cuando se hace con rectitud de corazón.” (23 julio 1825).

En fin, el mejor documento para conocer la enseñanza del beato Chaminade sobre la virtud de la fe son los importantísimos **retiros predicados a la comunidad de Saint-Remy en la primera quincena de septiembre de 1827**, al final de los cuales el padre Caillet profesará los votos perpetuos. A lo largo de las exposiciones, el predicador fue exponiendo todos los componentes y dimensiones de la fe, que hasta este momento había tratado de manera dispersa en sus diversas predicaciones y que ahora aparecen armonizados en torno a la definición tridentina de la fe como “inicio, fundamento y raíz de la justificación” (Retiro de 1827 en Saint-Remy, en EP, 6, pp. 462-496).

“Meditación de la mañana. De la salvación. Su necesidad.”

“Afirmo, uno es necesario, una sola cosa es necesaria.” (Lc 10, 42).

Es preciso embeberse del todo de esta verdad: que no hay nada más que una cosa necesaria. Pensemos bien esta palabra, “necesaria”, es decir, que no se puede pasar sin estar perdido, sin perecer miserablemente, y remarcamos que es la sola, la única cosa. ¿De qué se trata? De nuestra salvación; es decir, de la vida eterna, de la felicidad eterna, de la posesión de Dios mismo. (...)” (sigue la exposición para explicar que por este fin, el religioso sacrifica su vida y no espera otra recompensa que Dios mismo. Comienza, ahora, la primera conferencia sobre la fe).

“Primera conferencia. Sobre la fe”

“La fe es el comienzo, fundamento y raíz de toda justificación. Estas palabras son del santo concilio de Trento; son de fe y al mismo tiempo muy consolantes. Cada uno se dice a si mismo, sin lugar a dudas: “quiero salvarme”. Pero, ¿qué hacer para alcanzar este bien? Pues el concilio de Trento nos lo enseña: Tened fe; es el medio para llegar al cielo.

1° Es el comienzo de toda justificación. Dios quiere que cooperemos con la gracia. San Agustín dice: “Dios que te ha creado sin ti, no quiere que te santifiques sin ti”.

Hemos recibido la fe, la esperanza y la caridad por el bautismo; pero es necesario que la fe esté cada día más viva en nosotros. No es por actos repetitivos y naturales que podemos tener fe. Es una virtud sobrenatural; es necesario que Dios nos dé su luz. La verdad no entra en nosotros nada más que por la luz y la luz viene de Dios.

Initium. Es el comienzo de nuestra justificación y aún cuando nuestra fe fuese débil, como la del centurión del Evangelio que miraba su fe con una especie de incredulidad, “ayuda mi incredulidad, sostenme, en mi incredulidad (Mc 9, 23), todavía esta fe débil será el comienzo de nuestra justificación.

2° La fe es el fundamento de nuestra justificación. Es preciso construir sobre el fundamento de la fe. ¿Cuál es este fundamento? Son las obras de la fe. ¿Haríamos milagros; haríamos las más excelentes obras, si no fuesen las obras de la fe y de una fe tan verdadera?; no haríamos nada. Par atener una verdadera fe es necesaria la humildad; pues la fe con la humildad es el fundamento de toda justificación, de todas las acciones, de todas las obras meritorias. Cada obra de fe es un premio que nos da el fundamento de nuestra salvación.

3° Raíz. La fe es la raíz de nuestra justificación. La raíz es el canal por el cual el árbol recibe la savia. Comparación de un árbol. (Explica la vida de un árbol).

Si la fe penetra nuestras acciones, todas ellas serán recompensadas, porque son acciones donde la justicia ha entrado. Pero cuando no hay nada de fe en las obras, estas son árboles estériles, porque no hay nada en las fibras del árbol. Con la fe podemos todo. Sin ella no podemos nada. Nuestro Señor Jesucristo al final de su vida, cuando se dirigió a Jerusalén, nos lo ha hecho comprender (Mt 21, 18-22). Vio una higuera espléndida que le pareció estupenda; se acercó a ella y no vio fruto. Nuestro Señor dijo: que sea maldita; e inmediatamente la higuera se secó. Los Apóstoles quedaron sorprendidos y se dijeron: “Mirad cómo la ha secado”. Entonces Nuestro Señor les dijo: “Tened una gran fe. Tened la fe de Dios (Mc 11, 22). Todo lo que pidáis, no dudéis para nada en vuestra fe que lo obtendréis.”

“Cualidad de la fe” (segunda conferencia).

“Pero es necesario que nuestra fe sea fuerte. Esta firmeza es una de las cualidades esenciales. ¿Por qué la fe debe ser inquebrantable? Porque está apoyada sobre la veracidad del mismo Dios. Sería una injuria no creer con toda firmeza cuando Dios ha hablado.”

“Sin duda, es necesario que esté animada por la caridad. La fe no debe ser solamente como una luz en el intelecto (*esprit*), sino que debe estar en el corazón. Se necesita una disposición del corazón que sea ella misma fe, amor a la verdad. Por este motivo nos debe gustar lo que creemos. Así, san Pablo nos dice que es la fe del corazón la que nos justifica: “Crear en el corazón conduce a la justicia y confesarla con la boca conduce a la salvación.” (Rm 10,10).

“No se puede entrar en la justicia nada más que por la fe del corazón. A menudo se cree en verdades, pero no se las ama. Mirad los demonios, tienen fe, pero les hace temblar. La fe les lleva al alejamiento y a una cierta malicia del corazón, “creen y tiemblan” (Stg 2, 19). Nos servimos hábilmente de este texto contra ellos, porque cuando nos tientan no tenemos nada más que pronunciar las verdades de la fe para que se alejen de inmediato. Es lo que nos enseña el Apóstol san Pedro: “cuando el demonio viene –nos dice- como un león rugiente para atacarnos, *resistidle fuertes en la fe*” (1 P 5,9). Cuando haya mil demonios para tentarnos, si le resistimos en la fe se verán obligados a retirarse; pero es preciso saber servirse de la fe. San Pablo nos enseña que cuando la malicia infernal lanza contra nosotros sus dardos de fuego, “servíos del escudo de la fe” (Ef 6, 16).

“Necesitamos una fe del corazón. Nuestro Señor reprochaba a sus discípulos que eran lentos para creer (Lc 24, 25) y, poco a poco, como dice el Evangelio, los fue disponiendo a creer. Así fue cuando se apareció a Emaús, donde conocieron a nuestro Señor en la fracción del pan (Lc 24, 31). Eran creyentes fuertes en la fe, pero una fe intelectual (*en esprit*) y no en el corazón; ¡existe la oposición de corazón!” (...)

“Los Apóstoles, después de haber recibido el Espíritu Santo, se sirvieron de las luces de este Espíritu de Dios para pronunciar el primer artículo del Símbolo: *Credo in Deum*, etc... Notemos bien que el Espíritu Santo ha puesto en la boca de cada Apóstol una de las verdades fundamentales. Notemos, todavía, que san Pedro no dice simplemente, yo creo que hay un Dios, sino *yo creo en Dios*, y tiendo hacia él. Los Apóstoles, enseñándonos la existencia de los dogmas católicos, nos enseñan que debemos amarlos. Pero, esta fe viva en el corazón, ¿es la fe que debe producir toda justicia, de la que es *comienzo, fundamento y raíz*? Respondo que es muy buena, pero la fe es el alimento de la justicia. Comparación con el alimento necesario para el cuerpo.”

“Tercera conferencia”

“¡Oh! Si conocieras el don de Dios.”

“Es lo que le ha dicho Jesucristo a la Samaritana. ¡Qué don el de la fe! ¡Qué don esta luz que viene del padre de las luces (Stg ,117)! ¡Qué don representado por la columna de fuego que conducía los israelitas por el desierto; que les llevaba protegidos de sus enemigos; que les condujo durante cuarenta años; que les ha hecho pasar el mar Rojo. Su faz luminosa era del lado del pueblo de Dios y su faz tenebrosa del lado de los egipcios. Estos no sabían qué hacer. Moisés hizo pasar a los israelitas por el mar Rojo. El ejército egipcio fue totalmente anegado. Si en estos ejercicios obtenéis el don de la fe, como una columna luminosa, ella os conducirá hasta las puertas del cielo. La fe conduce a la puerta del cielo y la caridad entra allí sola.”

“¿Cuál es la fe que nos conduce al cielo? No es una fe puramente especulativa; es la fe actuante, práctica, que llamamos operante. La fe especulativa es una simple creencia que se llama convicción de verdades que la Iglesia nos enseña. La fe práctica actúa, opera, nos hace seguir las enseñanzas de la fe especulativa. La fe especulativa, aún cuando se posea con íntima convicción, posee, sin embargo una convicción imperfecta. A menudo, el alma siente

desagrado con este tipo de fe. Se ama mejor creer las verdades reveladas a la Iglesia, que el no creerlas. Por ejemplo, que hay un infierno; que en este infierno hay un fuego, etc... Es necesario creerlas, pero no hay completa convicción. “

“Por ejemplo, Enrique IV, rey de Francia, decía que la religión cristiana (=catolicismo) es una religión divina. Cuando dijo que también los protestantes creían la suya divina, no tenía en esta fe una íntima convicción. Esta íntima convicción debe ser tal que nos hace subir al cadalso”.

... ..

“Continuación sobre la fe”

Existen oscuridades en la fe; pero no importa. Por más tenebrosa que sea la fe, yo la creo, sin embargo, porque la verdad existe. El ejemplo de la niebla: el sol se levanta y veis a través de las nubes ciertos rayos de sol; todavía no lo puedo ver, pero estoy seguro de su existencia.”

“De la fe práctica”

“Hay verdades misteriosas y verdades morales. Las verdades misteriosas se refieren a los dogmas. Las verdades morales nos enseñan de qué manera nos debemos conducir. La fe debe ser práctica; sea en relación a las verdades misteriosas, sea respecto a las morales. Por ejemplo, el misterio de la Encarnación. Si yo creo realmente que Jesucristo es Dios, engendrado realmente en el seno de Dios, que ha descendido sobre la tierra, que se ha revestido de nuestra naturaleza, que por el bautismo nosotros somos incorporados a Jesucristo; si lo creemos, estaremos y respetaremos el carácter cristiano y temeremos hacer cualquier cosa que sea indigna de un cristiano. *Filii Dei nominemur et simus*. Yo soy heredero del cielo por esta cooperación, *heredes, coheredes autem Christi*. (Rm 8, 17).”

“Si yo tengo una fe práctica, trabajaré por el cielo. Esta consecuencia está tomada de san León Magno: “*Cristiano –dice- reconoce tu dignidad; cuida de no degenerar tu dignidad.*” Quien tiene esta fe sabe que el cielo es su heredad. Otro ejemplo tomado de la santa eucaristía. Yo creo que por las palabras sacramentales el pan y el vino son realmente cambiados en el cuerpo y sangre de Jesucristo. ¿No debería conducirme con ese respeto, esa veneración que estima este misterio divino. En consecuencia, estaré en la iglesia como los ángeles adorantes. Más aumentará mi fe, más aumentará mi respeto.”

“Verdades morales. Ejemplo, la frecuentación del sacramento de la penitencia. Yo sé que he pecado; voy a hacer todo lo que hay que hacer para entrar en la gracia de Dios. Pero, ¿con qué sentimientos lo haré si tengo fe? Ante todo, ¡cuánta atención para buscar mis pecados! Respecto a la contrición es necesario que esta esté revestida de cuatro cualidades: interior, soberana, universal y sobrenatural; para que revestida de estas cualidades sea eficaz. Es muy raro recaer cuando los hábitos (pecaminosos) han sido rotos por efecto de la contrición sobrenatural.”

La fe es en unas ocasiones cooperante y en otras, determinante. Si se debe abrazar un estado de vida, la fe me dice que debo hacerlo según la voluntad de Dios. Necesito hacer oración; es la fe operante la que me conduce. Ella me dice que es necesario hacer actos de fe en la presencia de Dios al comienzo (de la oración); pero es preciso que esta fe me sostenga en la presencia de Dios durante

toda la oración. Comparación con alguien que ha tratado con un príncipe, que se...”

“Si la fe es práctica nos mantendrá durante toda la jornada en la presencia de Dios. Es la fe la que me da el calor divino; me uniré a este santo ardor que poco a poco anima mi corazón; sea para formar resoluciones, sea para tener afectos. ¿Qué Comunión harás si la fe no es el principio y la fuente de los sentimientos que son necesarios tener? ¿Cómo harás para digerir este divino alimento (se refiere a la Comunión)? Cuando Jesucristo ha instituido la eucaristía no ha dicho simplemente “tomad y tragaos esto”, sino que ha dicho “comed”. Si no tengo fe, recibo este alimento solamente en mi cuerpo; pero es necesario comerlo, que pase a mi alma y que la fortifique. No comprendo cómo lo comeré si la fe no me lo enseña. La fe es la savia que anima todo; es preciso que (la savia-fe) esté en movimiento. En la santa Comunión (la fe) es, por decirlo así, el único (jugo) digestivo de la santa Eucaristía.”

“La fe es la substancia de las cosas que esperamos y la prueba de las cosas que no vemos” (Hb 11, 1)

Este capítulo de san Pablo está lleno de reflexiones sobre la fe (leerlo). Hace la distinción entre la fe de los cristianos y la fe de los israelitas. Se recuerda la historia en donde Moisés envió dos espías a la tierra prometida que trajeron racimos de un grosor tan prodigioso que se necesitaban dos hombres para trasportar un solo racimo. Era la prueba de la fertilidad de esta tierra. La tierra prometida era la figura del cielo. Después de nuestra peregrinación llegaremos allí: este racimo era la figura de los bienes que gozaremos en el cielo. La fe nos hace ver la realidad dejándonos siempre en la sombra; los israelitas tenían las sombras, pero sin la realidad: el maná, por ejemplo, era la figura de la Eucaristía. En el cielo poseeremos las realidades sin las sombras. Allí veremos a Dios tal cual es.”

“Ejercicio de la fe”

“Debemos partir de los principios. Que nadie parta de otro principio que no sea Jesucristo. ¿Cuál es este principio? *La vida eterna es que te conozcan a ti, solo Dios verdadero y a aquel que tú has enviado, Jesucristo* (Jn 17, 3). ¿Cómo entender que nosotros conocemos a Dios? Poseemos la vida eterna en nosotros por el conocimiento que tenemos de Jesucristo; he aquí un camino seguro. Busco conocer a Dios y este primer conocimiento nos lleva a conocernos a nosotros mismos. Este conocimiento de Dios nos lleva a conocernos a nosotros mismos, lo que es la santa Misa y cómo aprovechar la gran mediación de Jesucristo. Es en él en quien debemos esperar la vida eterna. *Creced en la fe*, dice san Pedro, y *en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo*.” (2 Pe 3, 18).

“Yo creo en Dios. Objeto propiamente de la fe. Existen relaciones entre la fe, la esperanza y la caridad; pero atengámonos a la fe. Si quiero hacerme una idea de sus grandezas no me puedo entretener en mirar a las criaturas. Mi razón se goza de lo que la fe le enseña y que no sabía. Por ejemplo los astrónomos, que ven estrellas que no se pueden percibir con los ojos sin la ayuda de un telescopio; y, sin embargo, creemos en su existencia. Así la santa Trinidad, por ejemplo, este misterio impenetrable lo creemos cuando la fe nos lo ha dado a conocer, aunque

no lo comprendamos. La razón, entonces, me dice que la cosa debe ser así porque la razón nos hace ver a Dios más perfecto en tres Personas que en una sola. Porque un Dios fecundo es más perfecto que un Dios que no lo es; todo esto se comprende por la explicación del misterio de la santa Trinidad.”

“Creo en Dios, etc. 1° Dios es creador. 2° Dios es conservador. 3° Dios es el fin último.

1° Dios es creador. Hay insensatos (“insensés”) que no lo creen porque su sentimiento es parecido al sentimiento de los necios (“insensés”) que se separan del común de los hombres; pero no se debe prestar atención a los sentimientos de los insensatos sino al del común de los hombres.”

“No hay verdaderos impíos. *El impío dice en su corazón: no hay Dios* (Sal 13, 1 y Sal 52, 1). Lo dice en su corazón, pero no está persuadido y si Dios lo permite es para el más terrible de los castigos. Hay tres clases de castigos terribles de los que Dios se sirve: cegar la razón (esprit); endurecer el corazón y la impenitencia final. Uno se puede convencer de esta verdad por las solas luces de la razón. Pero mi razón, estando sujeta al error, recorro a la fe para asegurarme; compruebo que la fe me confirma esta verdad por estas palabras: “Creo en Dios... Creador etc. Yo soy el Señor, Dios ha creado el mundo en seis días”. Hablando la fe, yo me callo y escucho y creo. “Todo ha estado hecho por él y en él” (Col 1, 16). “A ti los cielos, a ti la tierra; la tierra y toda su plenitud, tú la has establecido” (Sal 88, 12).

2° Dios es conservador de todas las cosas. La fe me enseña todavía: “Yo soy el Señor”.

La existencia de los seres depende en tal modo de Dios que si el cesara un instante de sostenerlo, caerían al instante en la nada. Por eso, dice el sabio: “¿Cómo una cosa podría subsistir si tu no la hubieras amado? O ¿cómo tú no la habrías llamado (a la existencia) si no la hubieras conservado?” (Sb 11, 25).

3° Dios es también el fin último de todas las cosas. “El Señor hizo todas las cosas para sí mismo” (Prv 16, 4). Dios antes de la creación era el único ser existente; por lo tanto, no podía crear nada más que para sí. Además, estaba obligado a su propia justicia.

Dios es, por lo tanto, el creador, el conservador de todas las cosas visibles e invisibles, naturales y espirituales. “Grande es el Señor y digno de toda alabanza” (Sal 47, 2 y 144, 3).

5ª Conferencia

Sobre los tres principios. Se extraen estas tres consecuencias:

- 1° Dios es creador; luego todo viene de Dios.
- 2° Dios es conservador; luego todo está en Dios.
- 3° Dios es el fin de todas las cosas; luego todo debe tender hacia Dios.

1° Todo viene de Dios “Todo ha sido hecho por él y nada de lo que hay ha sido hecho sin él” (Jn 1,3). No solamente ha hecho las cosas, sino que también la variedad de las mismas; él ha hecho las que son de tal o cual manera, en tal o cual tiempo, en tal o cual circunstancia, con tal o cual grado de perfección, etc. Nada acontece sino es por su expresa voluntad o con su permiso. El bien, lo quiere

absolutamente y el mal lo permite. Pero el mal lo hace tornar a su gloria. De este modo, la Iglesia, partiendo de la culpa del primer hombre, aclama: ¡Oh feliz culpa!

2° Todo está en Dios. Que Dios sea el conservador de todas las cosas, significa que está presente en todas las cosas, y que todas las cosas le están presentes. Sin divisiones porque él está completamente por todas las partes, siendo un espíritu simple. San Pablo dice: “En él tenemos la vida, el movimiento y el ser” (Hch) 17, 28. “(Dios) No tiene límites” (Ba 3,25). Por lo tanto, lo llena todo y todo es en Dios. “El Espíritu del Señor llena todo” (Sb 1,7). “¿Acaso no abarco el cielo y la tierra?”, oráculo del Señor (Jr 23, 24). “Dónde iré lejos de tu Espíritu?” (Sal 138, 7).

3° Todo es para Dios; todo debe tender a él. Esta es una consecuencia necesaria de lo que es la finalidad de todas las cosas. Ejemplo del imán que atrae el hierro hacia él; así, Dios nos atrae hacia él. Todo esta hecho para Dios. Las criaturas racionales inmediatamente por él; luego es necesario que hagamos todo para él; y las criaturas irracionales mediatamente por él e inmediatamente por el hombre, que debe conferirles a la gloria de Dios, por la acción de gracia.

6ª Conferencia

“Yo soy el Señor” (En esta conferencia desarrolla el tema de la soberanía de Dios. Dios ha creado el mundo y no hay ninguna realidad por encima de él: “Dios es el Señor de señores”, Dt 10.17). De la Autoridad de Dios se deduce su “Dominio de Propiedad”. “Dios siendo el creador de todas las cosas y gobernando todo, todo pertenece a Dios, de un modo más particular que al hombre que las posee”.

7ª Conferencia

Creo en Dios, Padre Todopoderoso.

Si creo en un solo Dios todopoderoso, creador de todas las cosas, lo debo concebir como soberanamente perfecto e infinito, con todo género de perfecciones. Porque estas perfecciones nos son conocidas (...)

De todo esto se ve que la fe nos hace conocer perfectamente al Buen Dios. Ella nos hace conocernos a nosotros mismos, porque del conocimiento de Dios pasamos fácilmente al de nosotros mismos.”

8ª Conferencia

Acerca de la humildad y sus motivos. El padre Chaminade insistía tanto en la virtud de la humildad porque si Dios es nuestro creador, conservador y salvador, entonces debemos reconocer su soberanía y confiar a él nuestra vida y nuestra salvación. Así, la humildad es la virtud moral que sirve de base a la virtud sobrenatural de la fe.

El retiro sigue con otros temas, a destacar el juicio final, el cielo y el infierno; el pecado de los religiosos, los votos y la santa comunión. Mostrando estas inmensas realidades de gracia, Chaminade busca mover la conciencia de los religiosos que no responden con el entusiasmo de la fe sino que permanecen en un estado de tedio espiritual. Por eso hace una larga descripción del tedio espiritual, con la finalidad de

fustigar esta clase de fe muerta, no entusiasmante, no orante, no práctica, no salvadora, no misionera, no testimonial.

(Post scriptum: sería interesante que siguieras personalmente este retiro como ejercicio de fe).

Toda esta exposición apologética de la fe católica en el contexto de la racionalidad inmanente de la Ilustración suscitó el problema de la relación entre la fe sobrenatural y la razón natural. Problema que ocupó a los teólogos del siglo XIX y que, finalmente, encontró su exposición magisterial en el concilio Vaticano I, en la constitución dogmática sobre la fe católica, capº 4. De la fe y la razón. También el beato Chaminade se vio en la necesidad de tener que explicar a sus discípulos la relación entre la razón y la fe; o si se quiere, cuál es la parte de la razón en el acto de la fe. Pongamos algunos ejemplos:

Cuarta carta al padre Metzger, nombrado maestro de novicios de Ebersmunster (Chaminade le escribió diez cartas, entre el invierno de 1835 y el de 1836, para ayudarlo en la formación espiritual de los novicios). En la cuarta carta explica las posibilidades de la razón para acceder al conocimiento de Dios. Sirviéndose del discurso de san Pablo en el Areópago ateniense (Hch 17, 27), Chaminade compara esta búsqueda de Dios “como a tientas”, que el Apóstol refiere a los paganos, con las cavilaciones de la razón. San Pablo admite el conocimiento de Dios en la religión y en la filosofía del paganismo; por lo tanto, la razón sin la revelación puede conocer la existencia de Dios. Siguiendo la tradición teológica católica, el beato Chaminade admite una teología natural que ponga los “preámbulos de la fe”, para hacer que ésta concuerde con la razón. Pero hay verdades de la fe, como el concepto cristiano de Dios como Trinidad, que sólo pueden venir de la revelación sobrenatural, a la que se accede por la fe.

“San Pablo dice que ellos podían encontrar como a tientas porque, aunque Dios es invisible, se le puede conocer por las reflexiones y por el razonamiento, que son como los tanteos del alma, del mismo modo que un ciego puede encontrar los muebles de su habitación tanteando. La verdad de la fe de la presencia de Dios en todas partes es completamente conforme a la razón. ¡Qué poderoso medio para elevar las almas a desarrollar este sentido de la presencia de Dios!”

“Acabo de decir, mi respetable hijo, que la fe en la presencia de Dios en todas partes era conforme a la razón, pero no he querido entender que se debe fortificar la fe por la razón. Si embargo, los principiantes pueden servirse de la razón con utilidad para adquirir el hábito de ver a Dios en todo y en todas partes y elevar su intelecto y su corazón hacia Dios.” (...).

“¡Qué felices seríamos si nuestros ojos estuviesen abiertos para ver en todo momento, como nuestros ángeles, el rostro del Padre con el del Hijo y el del Espíritu Santo. Sin embargo, la fe otorga este privilegio cristiano!”

(En EP, 7, pp. 206.207)

Chaminade expone de modo más claro su pensamiento sobre la relación de la fe con la razón en la cuantiosa **correspondencia con el padre Lalanne para organizar los programas de religión de las Escuelas Normales de Magisterio** que la Compañía de

María proyectaba regentar. En la **carta del 15 y 12 de febrero de 1830** advierte que la enseñanza de la religión debe insistir en las pruebas de la religión y de sus dogmas, y no sólo en las prácticas de piedad.

“Desde siempre he deseado que en las Escuelas normales, sean internas o externas, hubiese un curso seguido de religión. En general, nuestros jóvenes profesores entienden por enseñanza de la religión, la enseñanza de la piedad. La enseñanza, me parece, debe ser de la piedad y también del catecismo. Ante todo, el catecismo debe ser enseñado y explicado sea en las escuelas, sea en las Normales. En segundo lugar, en las Escuelas normales desearía que se enseñara las pruebas de la religión, con la enseñanza de sus dogmas. No se presta suficiente atención al siglo en el que nos encontramos; este siglo, pretendidamente de las luces, donde no se cesa de razonar, o mejor de desatinar (“déraisonner”) en materia de religión. (...).”

En otra del **22 de septiembre de 1831**, escribe:

“Temía al principio de nuestra discusión que tomara usted parte por el abate Lamennais. Pero he encontrado satisfacción cuando usted me ha asegurado lo contrario. Se puede ser un gran literato, muy erudito, un gran genio y ser poco lógico (“logicien”).

No hablo, mi querido hijo, de lo que las luces de la fe pueden aportar a las de la razón. Desde el comienzo, usted parecía atenerse a las de la razón, como si tuviera la misma fuente que las de la fe. Le hubiera podido mostrar ese pasaje de su carta, pero no me pareció usted bastante en calma. Usted no hablaba nada más que de razón; así que yo me incliné a no hablar nada más que de razón... Cuando obedecemos haciendo el sacrificio de la razón, no sacrificamos, por así decirlo, la razón...”

También en una carta del **2 de mayo de 1837 al padre Chevaux** le instruye para que en las conferencias religiosas a la comunidad de Saint-Remy enseñe la racionalidad del acto de la fe. Chaminade sostiene que es posible el conocimiento racional de Dios y que las verdades de la fe se pueden acreditar ante el juicio de la razón; porque los dogmas de la Iglesia no son irracionales. Pero para suscitar la fe en las verdades reveladas se ha de recurrir a la formulación que de las mismas ha hecho la Iglesia en el credo. Los artículos del Credo son verdad, no porque lo mande la Iglesia, sino por ellos mismos; porque Dios los ha revelado y la Iglesia los ha formulado con su autoridad apostólica.

“Vuestra conducta y vuestras discusiones con el señor Justin no satisfacen en ningún modo. No es por la Iglesia que Dios comienza a hacerse conocer; sino que es por la Iglesia que Dios hace conocer lo que en él está por encima del conocimiento de la razón. Los principios de nuestra fe son la fuerza y las luces que Dios da a nuestra razón para hacer conocer su existencia y cuanto está comprendido en la idea de un Dios conocido por la razón. Dio ha puesto en nosotros y en nuestra razón las pruebas de su existencia y de sus excelencias infinitas. Así es como se debe proceder para la explicación del Credo de nuestra

fe y para todas las verdades propuestas por la Iglesia, siendo la Iglesia misma una de las verdades de nuestra fe. ¿Cómo quiere usted que, de entrada, le diga a uno: “Cree en la santa Iglesia, una, católica y apostólica porque la Iglesia me propone esta verdad?”

A finales de los años veinte y comienzo de la década de los treinta, Chaminade comenzó a armonizar los argumentos extrínsecos del creer con los argumentos interiores a la persona, basados en el deseo natural de anhelar su salvación. Estamos ante la madurez de su pensamiento, debido a sus muchas lecturas para redactar las Constituciones de la Compañía de María y los diversos métodos de oración y de dirección en la vida espiritual de los religiosos. Gracias a que en la década de los años treinta comienza a recuperarse la Iglesia francesa, aparecen reediciones de obras de piedad y de teología de los siglos XVII y XVIII y nuevas publicaciones y, también, Lamennais hizo la crítica de la nueva situación religiosa en el pensamiento liberal calificándolo de “indiferentismo religioso”, con todos estos recursos y su propia experiencia pastoral, Chaminade dio madurez a su enseñanza sobre la fe. A partir de este momento, se va a orientar hacia la propuesta de las motivaciones internas para creer, sin abandonar la objetividad de las verdades de la doctrina católica.

Comprendemos, entonces, por qué en el método de **Oración de fe y de presencia de Dios** afirmaba que “la fe pertenece más a la facultad del corazón que a la razón (“esprit”); y explica esta afirmación recurriendo, de nuevo, a la doctrina de los tres principios: porque el hombre gusta de contemplar, amar y creer estas verdades reveladas, al encontrar cumplidos en ellas los anhelos más íntimos de salvación.

“Creéis que Dios es vuestro fin último, que él os ha creado nada más que para esto y que nada más que en él podréis encontrar la absoluta felicidad que vuestro corazón ambiciona; amad estos designios de vuestro Dios al crearos y también al conservaros en el ser; pero, al mismo tiempo, amad la obligación que encierra este destino dichoso. Todos vuestros pensamientos, deseos, proyectos, discursos, acciones y caminos de vuestra vida deben relacionarse con esta finalidad de vuestra creación.”

(Oraison de foi et de présence de Dieu, en EP, 6, 568-569).

Vista esta orientación de la pastoral chaminadiana sobre la propuesta de creer, pasamos ahora a presentar la mayor aportación de nuestro fundador sobre la doctrina de la fe, en la formulación que él acuñó de “fe del corazón”.

+++++

2. APORTACION DEL BEATO CHAMINADE: “FE DEL CORAZON”. CONCEPTO PERSONALISTA DE LA FE, COMO ACTITUD Y ACTO HUMANO

La doctrina tomista de la fe como “piadoso afecto”, condujo al beato Chaminade a insistir en la adhesión profunda y vital de la persona a las verdades reveladas por Dios en Jesucristo, a fin que los criterios de conducta personal y las decisiones de vida se tomen de los contenidos la fe; por ser una fe salvadora, cuyas verdades nos prometen la salvación; motivo por el que Chaminade predica insistentemente sobre la vida eterna. Para proponer esta fe salvadora que abarca toda la persona y la hace actuar con criterios cristianos, acuñó la expresión paulina de “fe del corazón”, fórmula compendiosa de la doctrina de la fe en nuestro fundador.

Cuando el beato Chaminade habla de “fe del corazón”, tiene en mente la argumentación escolástica basada en la antropología tomista de *la criatura capaz de Dios* y del *deseo natural de ver a Dios*. Santo Tomás se había puesto el problema de la relación de la naturaleza del hombre con la gracia de Dios y para responder a esta cuestión se sirvió de la filosofía platónica del hombre atraído por la pasión (*eros*) del bien y la felicidad; luego retomada por san Agustín en sus sermones sobre “el deseo de felicidad”. Santo Tomás unió esta atracción a la felicidad con la filosofía aristotélica y neoplatónica de la pasión del hombre por el saber y la contemplación de la verdad, junto con el concepto medieval de que toda naturaleza está dirigida a su fin. Todo este saber llega a Chaminade a través de sus estudios teológicos y de sus lecturas de teología y de piedad.

En la formulación paulina de la *fe del corazón*, el padre Chaminade resume todos los componentes de la fe que había enseñado a los congregantes y primeros religiosos, referente a *la fe que salva* y *la fe práctica*. Heredera de la controversia católico-luterana sobre el modo de entender la justificación por la fe, la doctrina de la Escolástica barroca es adaptada al nuevo contexto del racionalismo, al insistir que la decisión de creer reside no tanto en el intelecto cuanto en el corazón, centro de la volición y de la libertad de la persona para otorgarle a su vida una orientación de sentido. En un contexto de filosofismo racionalista y de deísmo, Chaminade enseña que esta decisión existencial no se produce en última instancia por un juicio de razón (pues también los demonios conocen la voluntad de Dios), sino que brota del deseo radical del hombre de amar, hallar sentido y encontrar salvación; deseo que hace razonable el acto de fe. Con la formulación de *la fe del corazón*, Chaminade ha alcanzado la madurez teológica al superar la noción intelectualística de su pensamiento apologético característico de sus primeras etapas pastorales con los congregantes y primeros religiosos.

En efecto, la enseñanza pastoral de la fe del corazón ya aparece, de modo incipiente, en las primeras predicaciones a los congregantes. Porque Chaminade no separó jamás *la fe objetiva* o las verdades que se deben creer del “credere quae”, de *la fe subjetiva*, que confía y confiesa: “te creo a ti”, del “credere qua”. Chaminade también llamó a estas dos formas de fe, las “pruebas externas” (de la apologética clásica) y las “pruebas internas” de los motivos para creer (que serán elaborados por la “apologética de la inmanencia” de finales del siglo XIX y siglo XX).

Por ejemplo, en un **retiro a los congregantes durante la octava de la Inmaculada, en el año 1819**, vuelve sobre las argumentaciones de la apologética de la razón. Pero inicia una nueva vía teológica para demostrar la existencia de Dios y de su revelación sobrenatural; de este modo, les propone la fe en correspondencia con una antropología del hombre capaz de recibir la noticia de Dios a través de sus sentidos corporales (oído y vista), facultades del alma (inteligencia, memoria e imaginación) y por el sentido interior del corazón, en el que reside el deseo o esperanza humanos de desear la salvación que halla en la noticia de la revelación.

“Primer ejercicio. Apertura: Yo la conduciré al desierto y le hablaré al corazón”.
Os 2, 14 (Vulgata).

- 1er punto. ¡Qué felicidad para el hombre a quien Dios se digna de hablar!; ¡al corazón al que se digna de hablar!... ¡Qué esperanza...!
- 2do punto. ¿Cuáles deben ser las disposiciones del corazón para escuchar a su Dios, cuando él se digna de hablarle?... (...)

Nota sobre el primer ejercicio.

- 1er punto. Dios me ha hablado a menudo a los oídos por las predicaciones; a los ojos por las Santas Escrituras, por los ejemplos, et.; a la inteligencia por la instrucción de las verdades de la religión; a mi memoria por el recuerdo; a la imaginación, etc.; sobre todo a mi conciencia. Pro hoy habla a mi corazón (Tu palabra todo poderosa se abalanzó..., Sb 18,15). Desde entonces, ¿qué esperanzas! Conocimiento de mi destino... temor y amor de Dios, etc.
- 2do punto. Disposiciones del corazón para escuchar a Dios: poner su corazón apartado y recogimiento (“en retraite”). El retiro exterior no sirve nada más que para favorecer el retiro del corazón; ¡que el corazón no esté dispuesto a escuchar a otro que a Dios! Ni pasiones, ni, etc...”
(Petit retraite pour l’Octave de la Conception. 1819, en EP, 1, pp. 591-594)

Como las demás dimensiones de la enseñanza sobre la fe, también esta de “fe del corazón”, alcanzó su madurez durante los años treinta, con motivo del esfuerzo por escribir las Constituciones de la Compañía de María y los diversos métodos de formación de novicios y de vida espiritual para los religiosos; sobre todo en el **Manual de Dirección en la vida y las virtudes religiosas de la Compañía de María** y en la importante **carta del 23 de enero de 1833 al P. Lalanne**.

El **Manual** es una obra catalogada en 1829, compuesto por Chaminade para ayudar a los maestros de novicios. En este escrito nos dejó una de sus mejores exposiciones referidas a la fe del corazón.

“Nota. El director (del noviciado), al fortificar la fe de sus novicios (“élèves”) sobre estas grandes verdades, haciéndoles repetir numerosos actos de fe, tendrá cuidado de advertirles que tales actos deben ir acompañados de sentimientos de corazón. *Esta es la fe del corazón que opera la justificación* (Rm 10, 10). La sola fe intelectual no santifica. Los demonios, dice Santiago, creen pero temen. Es de esta fe que sale del corazón, al mismo tiempo que de la razón,

de la que el santo concilio de Trento ha dicho que es la *raíz, el origen y el fundamento de la justificación*, y san Pablo, *el alimento de la vida del justo; el justo vive de la fe* (Rm 1, 17).”

(Manuel de direction a la vie e aux vertus..., en EP, 6, p. 647)

El 23 de enero de 1833 escribe el beato Chaminade una carta al P. Lalanne, en la que alcanza la cima teológica en su exposición de la doctrina de la fe del corazón. Doctrina que podemos resumir diciendo que la fe del corazón es la sumisión a Dios por amor. La fe acontece por la sumisión de la voluntad amorosa del hombre a Dios que nos revela nuestra justificación. La elección de nuestra propia salvación es lo que hace que el acto de fe sea razonable, aunque el intelecto no comprenda el alcance de las verdades divinas; por ello interviene la voluntad y el amor. La fe es del corazón; pero el amor y la sumisión también son un don de Dios.

“Se curaría de todos sus males interiores, mi querido hijo, 1º) si la fe, que está sólidamente establecida en vuestro intelecto (“esprit”) gracias a vuestros estudios superiores, pasase por completo a vuestro corazón. El corazón cree para la justificación (Rm 10, 10). Es preciso amar lo que se cree. Tenemos poderosos motivos para creer y no más que, por así decirlo, ser razonable para someter la razón a la fe. Esta sumisión es ya un gran favor de Dios, peor no hace sino preceder a la sumisión del corazón, y el corazón no se somete nada más que amando. Así, al menos, es como yo lo veo y me parece muy peligroso no verlo así en la práctica. La fe, y sobre todo esta fe del corazón, es un don de Dios; por este motivo tenemos siempre la necesidad de decir: “Señor, auméntanos la fe” (Lc 17, 5). Dios concede, por así decirlo, esta gracia cuando se practican obras de fe: “El justo vive de la fe” (Rm 1, 17). ¡Oh, mi querido hijo, qué felicidad para nosotros si el resto de nuestros días podemos caminar por los hermosos caminos de la fe! La fe que solamente ilumina nuestra inteligencia no nos dará la vida de la justicia, que es una vida divina.

2º) Pertenece tanto a la humildad como a la fe: el Señor nos pide la humildad de corazón: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29). Yo contemplo la humildad como uno de los primeros frutos de la fe del corazón. La humildad progresa en proporción al crecimiento de la fe (sigue un pequeño excursus sobre la relación de la humildad con la obediencia para cumplir la voluntad de Dios).

3º) Es propio de la fe del corazón dar estabilidad a las facultades de nuestra alma, a nuestra inteligencia y a nuestra voluntad; me refiero a la voluntad del hombre nuevo”.

Definitivamente, será en la década de los años cuarenta cuando la doctrina de la fe del corazón adentra el pensamiento del beato Chaminade hacia la futura apologética de la inmanencia, basada en las razones interiores a la persona para aceptar la revelación salvadora de Dios y creer en ella. Chaminade, entonces, exploró el dinamismo de la subjetividad, que busca la felicidad y el logro último de la propia existencia. Esta argumentación antropológica para encontrar un asiento natural a la fe sobrenatural, no es otra cosa que un recurso pastoral de la doctrina tomista del deseo natural del hombre de

ver a Dios. Esta salida teológica encontró su más completa formulación en el *Método de oración sobre el Credo* y en las *Conferencias sobre la oración, la fe y el amor de Dios*, a los novicios marianistas del noviciado de Santa Ana.

La tradición marianista sitúa hacia 1840 o 1841 la composición del **Método de oración sobre el credo**, punto de llegada de todos los métodos de oración. Nos centramos sobre la doctrina de la fe. Desde las primeras páginas, Chaminade plantea la cuestión existencial del origen y de la finalidad última del hombre, basado en la antropología teológica escolástica del deseo natural de ver a Dios. Deseo de la naturaleza humana al que responde Dios mismo por la revelación y la fe, que nos capacita para conocerlo y desearlo a pesar de nuestra situación caída en el pecado. En orden al logro último y sobrenatural del hombre, la fe anticipa la visión del fin para el cual el hombre ha sido creado: gozar eternamente de la visión de Dios. Es el corazón, quien conociendo su destino de salvación, desea el objeto mostrado por la fe, a Dios mismo. Porque el amor a la felicidad de la visión celeste de Dios y de comunión con su amor, que son verdades reveladas, responde al deseo natural creado del dinamismo interno del ser humano.

“I. In ómnibus respice finem.”

“¿Por qué estamos en la tierra y qué haremos en el cielo? ¿Cuál ha sido la finalidad del Creador al llamarnos a la vida? La fe responde que la finalidad del hombre, en el tiempo y en la eternidad, es conocer y, por consiguiente, amar y glorificar a Dios. Tal es, pues, nuestro sublime destino y tal es el pensamiento del Espíritu Santo cuando nos manda considerar el fin en todas las cosas, para ordenarlas a este fin. ¡In monibus respice finem!”

“Detengamos un instante nuestra mirada sobre nuestro magnífico destino. En el cielo veremos a Dios intuitivamente; lo veremos cara a cara en su naturaleza y en su esencia infinita. De esta visión toda beatífica resultará un amor inmenso, tan extendido y tan fuerte como es posible a nuestra potencia de amar. Hecho para amar, pero para amar nada más que lo que es verdaderamente amable, nuestro corazón aspirará con una fuerza irresistible el objeto del que el Espíritu (Santo) le habrá mostrado las infinitas amabilidades y transportándolo de su embriaguez, alabará, exaltará con delicias las inefables perfecciones de su bien amado. Abismado en Dios como en un océano de luz, totalmente inundado de fulgurante resplandor de la divinidad, nuestra inteligencia será eternamente absorbida en una contemplación extática y proporcionará así un eterno alimento a la divina llama que devorará nuestro corazón sin consumirlo...”

“He aquí el cielo; he aquí la vida que llevaremos si cumplimos aquí abajo los caminos de nuestro Creador. Como Dios mismo, toda nuestra felicidad será verlo, amarlo y alabarlo.”

“Nuestro fin en este valle de lágrimas nos ofrece los mismos elementos de felicidad. El buen Maestro, al que hemos sido llamados a servir, quiere hacernos probar, por decirlo así, la felicidad que no promete al final de nuestra peregrinación. Por eso quiere hacernos viajar sobre esta tierra de exilio. Nuestro fin, nuestro único fin, es conocerlo, amarlo y glorificarlo. Quien no lo cumpla, será juzgado impropio del reino de los cielos y rechazado.”

“Toda nuestra felicidad en la tierra consiste, pues, en ver a Dios, amarle y servirle. Nosotros le vemos por fe realmente y tal como es, de una manera intuitiva, como dice el Apóstol, en enigma y en un espejo. La luz de la fe es infalible, como la de la gloria, pero es esencialmente menos luminosa y menos perfecta. Sin embargo, nos ilustra bastante las infinitas perfecciones de nuestro Dios, para inundar el corazón con inefables delicias y hacer desear con todas las fuerzas el término afortunado de nuestra peregrinación.”

Con las Sagradas Escrituras y la tradición de la Iglesia, Chaminade enseña que la fe anticipa la visión del fin para el cual el hombre ha sido creado: disfrutar eternamente con la visión de Dios. Entonces, el corazón, conociendo su destino de salvación, desea el objeto mostrado por la fe, Dios mismo. Este deseo sobrenatural está coordinado con el deseo natural creado del dinamismo interno del ser humano de hallara y lograr el objeto de su felicidad. Porque:

“Es evidente que el fin del hombre es conocer, amar y glorificar a Dios. La fe, la bella economía de la naturaleza y la economía más deslumbrante todavía de la religión están coordinadas a este fin sublime. La tierra es como el noviciado del cielo: debemos hacer aquí abajo lo que haremos eternamente en el seno de la divinidad.”

“Este fin no es un consejo; debemos cumplirlo para ser verdaderamente dichosos en la tierra y, sobre todo, para merecer serlo en la otra vida. Tal es nuestra creencia. Nosotros creemos también que el hombre es incapaz por el mismo de alcanzar su cumplimiento, porque el pecado, degradándolo, lo ha rebajado por debajo de un tan noble destino y porque, además, el hombre no puede nada en el orden de la salvación sin la gracia.”

Entonces, ¿qué puede hacer el hombre en su cooperación con la gracia? Al hombre le corresponde ser activo en la ascesis de la vía purgativa para “purificar el corazón”.

“El Salvador del mundo del mundo nos enseña que la condición indispensable para ver a dios es tener un corazón puro (Mt 5, 8). En vano el alma será esclarecida por los brillantes esplendores de la fe si el corazón no ha sido purificado. Esta fe, retenida en cautividad, no servirá nada más que para hacerle más culpable y más infeliz.”

“Así, todos nuestros esfuerzos, nuestros trabajos, nuestros combates, debe tender a purificar nuestro corazón. Este es todo el objeto del cristianismo. Porque, tener el corazón puro, es no amar nada más que a Dios; no buscar nada más que a él; y no tender nada más que a él con todas las fuerzas; es huir del pecado y de sombra de pecado; es observar sus leyes, temer su justicia, adorar sus voluntades supremas; en una palabra: tener el corazón puro, esto es, practicar la fe, poner en obra las lecciones de la fe. De aquí se ve que solo la fe que nos hace ver a Dios no es otra que la que purifica el corazón; es decir, la fe operante.”

La fe, asentada en el corazón purificado, nos hace conocer nuestra situación de pecadores y la liberación que nos ha merecido Jesucristo con su muerte. Esta noticia nos ayuda a purificar el corazón para ver a Dios.

“Ahora, ¿qué es el cristianismo, sino la práctica de las enseñanzas de la fe? La fe nos dice que todos los hijos de Adán, a consecuencia de la desobediencia de su primer padre, nacen esclavos de la triple concupiscencia, la de los ojos, la de la carne y la del orgullo; que por el bautismo, estas tres concupiscencias son ciertamente sojuzgadas por el alma que las domina, pero no destruidas, militando sin cesar para retomar el imperio que han perdido. En fin, la fe añade el mundo y el infierno unen sus esfuerzos a los esfuerzos ya demasiado potentes de la carne para perder al espíritu. Jesucristo ha venido a nosotros para abolir nuestra vergonzante esclavitud y para meternos y mantenernos en la liberación que nos ha merecido con su muerte.”

“Los medios que nos ha dejado son: los sacramentos, las virtudes teologales y morales, los dones del Espíritu Santo y su ley. Unos son para el intelecto (“esprit”) y otros para el corazón. Todos concurren eficazmente para purificar el corazón y hacernos ver a Dios. Pero es preciso practicarlos, porque Dios no ha querido que nuestra perfección fuera sin obras y que no fuera sin nuestra cooperación.”

(Méthode d’oraison sur le Symbole, en EP, 7, pp. 524-525.526-527)

Las Conferencias sobre la oración, la fe y el amor de Dios, a los novicios marianistas del noviciado de Santa Ana, nos ofrecen otra fuente de la enseñanza del beato Chaminade sobre la fe del corazón. Son conferencias tenidas entre el 4 de mayo y el 27 de agosto de 1843, cuando Chaminade era un aciano de ochenta y dos años de edad. Disponemos de las notas que tomó su secretario, el señor Pablo Bonnefous, y también de las notas personales del conferenciante, escritas en unas hojas sueltas de pequeño formato. Punto final de su tarea pastoral, estas conferencias nos ofrecen la exposición teológica más completa y mejor trabada de su pensamiento sobre la fe. Las podemos considerar un incipiente ensayo de teología espiritual hacia la llamada apologética de la immanencia, que tendrá tanto éxito en el siglo XX. Es decir, Chaminade apela a las motivaciones intrínsecas a la persona, como procedimiento para proponer y suscitar la fe. Es decir, Chaminade se basa en el deseo natural del hombre de lograr la felicidad plena en su vida. Deseo que suscita el anhelo de Dios y de su amor, que el hombre experimente como irrealizable en su plenitud sobre esta tierra, pero que espera lograr en la bienaventuranza de la visión beatífica en el cielo. Este deseo natural de felicidad es dado al hombre en su naturaleza creada. Cuando Dios manda “ama al Señor tu Dios con todo tu corazón” (Mc 12, 33), la revelación no hace sino confirmar, avivar y colmar este dinamismo antropológico. El hombre posee un deseo natural de la felicidad del amor de Dios porque el Creador ha puesto en la inteligencia humana la noticia de su Hacedor. De esto son una demostración las religiones naturales; pero la caída en el pecado ha ofuscado las potencias del alma; por ello se hace necesaria la revelación sobrenatural.

“Cuando Dios se apareció en al zarza ardiente a Moisés, éste le preguntó cuál era su verdadero nombre. Yo soy el que soy, todo el ser, todo el bien, toda la

felicidad. Dios, que debía ser el bien de todas las criaturas, se ha revelado así a Moisés; pero Moisés no ha recibido sino la confirmación de lo que ya sabía, de lo que todos los hombres sabían sea por la tradición, sea por la ayuda de las luces de la razón. Dios ha puesto una idea de sí mismo en nuestra razón. Y ¿cuál es la idea precisa que Dios ha puesto en nuestra razón? Todas las naciones han conservado una idea de la divinidad. Yo soy; yo no me he creado a mí mismo, entonces otro me ha creado. Los paganos han alterado esta idea primitiva de Dios; han llamado a Dios con cantidades de cosas que no eran Dios; creían en un Dios superior, pero lo han asociado a otros dioses. Veían tantas criaturas diferentes que no podían creer que hubiesen sido hechas por un solo Dios.

Solo la fe puede darnos de Dios una idea justa y verdadera; así, Dios se hizo conocer a Moisés, revelándose a sí mismo quién es él (...).” (Conferencia de 7-V-1843, por la mañana).

(Conferencia del Buen Padre, del 7-V-1843, en EP, 7, p. 560)

Chaminade concluye con los apologetas católicos de la razón, la necesidad y la excelencia de la fe, porque sólo el conocimiento sobrenatural de la fe puede darnos una idea justa y verdadera de Dios tal como El se ha revelado a Moisés. Es Dios mismo quien esclarece nuestra razón por la fe para que podamos verle.

La virtud sobrenatural de la fe se distingue de la virtud de la caridad en que la primera conoce a Dios como “verdad absoluta” o “verdad primera”, mientras que la segunda como Amor. Pero ambas virtudes tienen su unidad en la orientación hacia el mismo objeto, Dios único en sí mismo; pero también están unidas en el dinamismo natural del intelecto humano, que ha sido creado para desear y amar la verdad. Entonces se asiente al conocimiento de la fe movido por el amor a la verdad que encuentra su objeto último y definitivo en la revelación de Dios.

“El conocimiento de Dios, objeto inmediato, tiene necesidad de un motivo; en este conocimiento encuentro que Dios es verdad; he aquí mi motivo: Dios es verdad y considero la verdad. Por el amor tendemos a la verdad. Es, por así decirlo, una porción de mi amor que diviso en mi pensamiento. En la fe hay amor, amor de Dios en tanto que verdad, amor que no es la caridad. La caridad necesita de la fe.

La fe, en la medida que deviene más pura, me descubre todo Dios. Entonces, para hacerme tender hacia él, necesito otra virtud que excite todos mis deseos y me haga volar hacia Dios. La esperanza nos da las alas y la fuerza par recorrer todo el espacio. Los mártires que sufrieron tan crueles torturas o estaban locos o tenían una gran esperanza. La esperanza es necesaria al hombre. ¿Hay caridad en la esperanza? Sí.

¿Qué es amar a Dios? Amar es hacer lo que hace un niño con su padre. ¿Acaso no decís que es un desnaturalado quien no ama a su padre y a su madre? Dios es nuestro Padre; cuántas veces lo hemos conocido por la razón y todavía más por la fe.”

(Conferencia del 23-V-1843, por la tarde, en EP, 7, p. 575)

Gracias a la correspondencia entre el deseo del conocimiento natural de Dios y de la humana felicidad, con la oferta de cumplimiento de este deseo que nos aporta la revelación, podemos decir que la fe es razonable.

“Todo lo que la fe nos ordena es razonable. ¿Estoy obligado a obedecer a un maestro? ¿Quién puede dudarlo? La fe es una sumisión, una obediencia; es un servicio que prestamos a Dios. Pues bien, él quiere que su servicio esté sometido a nuestra razón. La razón se acuerda con la fe; la una y la otra vienen de Dios; es para nosotros una sobreabundancia de luz. El hombre está unido a Dios por su razón.” (Conferencia de 11-VI-1843, por la tarde EP, VII, 585).

Con esta afirmación de la naturaleza razonable de la fe se conciertan los argumentos de la Escolástica barroca (que frente al fideísmo protestante afirma la necesidad de la mediación racional para que el acto de la fe sea humano) y la apologética de la Ilustración (que integra la razón en el acto de fe). Pero, ahora, en un nuevo contexto de racionalismo filosófico y de indiferencia religiosa, verdadero centro de interés pastoral del beato Chaminade y de la teología católica de los siglos XIX y XX ante el asalto al sobrenatural de la razón en la Modernidad.

+++++

3. LA FE ES EL PRINCIPIO VITAL DE LA VIDA ESPIRITUAL

Una gran aportación de G. José Chaminade fue comprender que la fe es la fuente y la guía (principio y fundamento) de la vida espiritual del cristiano. Los contenidos y las motivaciones de fe son la fuerza que mueven a la persona para convertirse y progresar en la vida espiritual. Sin fe no hay vida del alma. Dice Chaminade en la introducción a los retiros de 1821 a los religiosos: “La fe es la vida, la regla y la guía del cristiano. Dios habla (...), cállate razón; cállate naturaleza; callaos vanidad y orgullo del mundo. Dios lo ha dicho, moriréis todos sin distinción. El cristiano, lleno de sumisión y de fe, responde: Señor, así lo habéis pronunciado y lo habéis decretado en vuestra santa voluntad” (EP VI, 129)

Esta enseñanza comenzó a aplicarla en sus cartas de dirección espiritual a Teresa de Lamourous; la enriqueció a través de los documentos y guías para la formación inicial a la vida religiosa de los novicios y religiosos marianistas y fue su gran aportación en el método de la oración de fe.

a) En las cartas de dirección a Teresa de Lamourous (1795 a 1800)

En esta correspondencia espiritual, G. José Chaminade se ocupó de la oración y de la vida espiritual de su dirigida. Le enseña que se debe conducir por criterios y sentimientos de fe, porque la fe es una virtud sobrenatural recibida en el bautismo, que se asienta sobre la potencia anímica natural de la inteligencia. Pero la fe no es un producto del discurso racional humano, sino que es un sentimiento simple (intuición), que se recibe como don de Dios y por la acción del Espíritu Santo. La fe, en última instancia, consiste en abandonarse confiadamente en Dios y en su providencia, en quien se deposita la dirección de la propia vida y no en los criterios de nuestra razón natural. De esta forma, Chaminade hace de los argumentos existenciales y de sentido un punto importantísimo de su enseñanza sobre la fe.

En la **carta de 27 de mayo de 1796** Chaminade expuso la doctrina agustiniana de las tres facultades naturales del alma, que son los asientos antropológicos de las tres virtudes teologales: la fe sobre la inteligencia, la caridad sobre la voluntad y la esperanza sobre la memoria.

“Así como nuestra alma actúa naturalmente por sus tres potencias o facultades, el entendimiento, la memoria y la voluntad, de igual Manero lo que llamamos el Espíritu, actúa en nosotros por tres facultades que hemos recibido en nuestro bautismo: la fe, la esperanza y la caridad.” (27 de mayo de 1796)

Ante la pregunta de Teresa de Lamourous: “¿qué debe hacer un alma fiel en el caos de los acontecimientos (revolucionarios) que parecen engullirnos ”, Chaminade responde:

“Sostenerse imperturbable por esta fe, que haciéndonos adorar los designios eternos de Dios, *todo coopera para el bien de los que aman a Dios* (...). En primer lugar, purifique su voluntad; despréndase absolutamente de todo;

renuncie a sus ideas de una razón puramente natural que la llevará a juzgar la conducta de la Providencia según vuestro punto de vista.” (15 de septiembre de 1797)

b) Documentos para la formación inicial a la vida religiosa de los novicios y religiosos marianistas

La enseñanza chaminadiana sobre la fe posee esta otra finalidad de formar a los religiosos en la práctica de la vida espiritual. También en este campo, el beato Chaminade hizo uso de la teología tomista y las enseñanzas del concilio de Trento, luego elaboradas por la Escolástica barroca, con la intención final de hacer pasar a sus religiosos del conocimiento intelectual de la doctrina católica a una adhesión personal al objeto último de la fe, que es Dios mismo.

Dos intenciones guiaron a Chaminade:

1. Adaptar la doctrina tomista de la fe, como “piadosa afección”, a la explicación de la naturaleza sobrenatural de la oración, entendida como aceptación amorosa de las verdades meditadas. Porque entiende Chaminade que los contenidos de la fe dogmática y la actitud de la fe fiducial fundamentan, nutren y guían la entera vida espiritual.
2. Explicar la doctrina cristiana con un talante didáctico y apologético contra los principios filosóficos y religiosos del deísmo, en la instrucción religiosa de los novicios y religiosos jóvenes. Porque estos jóvenes, con sus carencias, dudas, errores y distorsiones en su fe, provenían de este contexto religioso-cultural.

En los **ejercicios espirituales de octubre de 1821**, predicados a los religiosos marianistas en el noviciado de San Lorenzo. Chaminade hace la clásica distinción entre la *fides quae*, a la que denomina “fe objetiva”, porque sus contenidos o verdades vienen dados por la revelación en las Sagradas Escrituras y fijados por la formulación dogmática del Magisterio, y la *fides qua*, llamada “fe subjetiva” o adhesión personal a los contenidos de la doctrina católica. Esta fe solo puede acontecer si Dios capacita sobrenaturalmente nuestras facultades espirituales para creer en él.

“La fe objetiva es la verdad revelada por Dios, a la cual se da la aquiescencia. La fe subjetiva es propiamente la virtud, el don sobrenatural de la fe, que debe estar en nosotros y que debe ser más o menos activa u operante proporcionalmente a nuestra práctica de la oración,”

(Conférences de M. Chaminade sur l’oraison, durant la retraite de 1821, en EP, 6, p. 158)

En los **ejercicios espirituales de 1818 a los primeros marianistas** el predicador distingue la “fe racional” del deísmo de la “fe sobrenatural” de la revelación cristiana. La fe racional se refiere a los conceptos filosóficos sobre Dios elaborados por nuestro entendimiento. La fe sobrenatural se refiere a las verdades reveladas por Dios acerca de mi propia salvación. Por ello, la fe sobrenatural es más excelente que la fe racional.

“La fe racional deja dudas, está llena de oscuridad y en la práctica deja en la inacción y en la indiferencia. La fe sobrenatural excluye toda incertidumbre y determina la voluntad. La primera se adquiere por el estudio; la segunda, por la oración y la humildad.”

(Retraite de 1818, notes de J.B.Lalanne, en EP, 5, p. 457)

Chaminade busca con su magisterio suscitar “la fe virtud sobrenatural, la fe que viene de Dios, la *fe de Dios*, como dice la Escritura.” En concreto, Chaminade busca inculcar en sus religiosos la fe sobrenatural, que es el origen de la vida espiritual y la fuerza de la acción misionera. Esta fe sobrenatural la explicó en los ejercicios de 1817 a los congregantes que habían de abrazar el estado religioso. Chaminade centró el retiro sobre la fe y disponemos de sus notas personales. El predicador explicó la naturaleza de la fe respecto a Dios y respecto al hombre. Respecto a Dios, “es un don; de ahí su firmeza y su integridad”; en relación al hombre, afecta a la totalidad de la persona, inteligencia y voluntad: “considerada en su relación con nuestra razón, es una luz necesaria para esclarecerla”; “considerada respecto a nuestra voluntad, es una piadosa afección que somete a la razón a obedecer a la luz que la ilumina.”

Chaminade argumenta siguiendo la comprensión tomista de la Escolástica barroca: la fe es un don de Dios que afecta a las dos facultades del alma superior: la inteligencia, sobrenaturalmente iluminada para conocer las verdades reveladas, y la voluntad, que encendida por un piadoso afecto, desea las verdades reveladas y por ello mueve al intelecto a obedecer al contenido de la fe por más incomprendible que se manifieste a la razón.

El objetivo del beato Chaminade es hacer que sus religiosos actúen movidos por criterios de fe. Para lo cual hace uso de la enseñanza del concilio de Trento sobre la dimensión práctica de la fe o doctrina católica de la justificación por la fe y las obras. La “fe práctica” es necesaria para la salvación” y, además, es una fe misionera. De una fe así brota la vida moral del cristiano: “Adecuemos nuestra conducta de creyentes, primero a la vista de las verdades dogmáticas; seguidamente a las verdades morales”. Esta fe es eclesial, salvadora y Jesucristo es el gran objeto de la fe. En el contexto ilustrado del valor de una vida feliz según la naturaleza, Chaminade propone la felicidad de la fe.

En el **retiro de 1817 a los congregantes** que tras estas jornadas de oración se comprometían a probar el estado religioso, Chaminade les predicó sobre la fe práctica, de la que tomamos los motivos para conducirnos en la vida según la voluntad de Dios y llegar, así al cielo. El estado religioso que quieren abrazar será un acto de fe práctica. De este retiro poseemos las notas autógrafas del predicador, que seguimos aquí.

«De la fe. Su naturaleza.»

“1er punto. Es un don de Dios. De ahí su firmeza y su integridad.

2do punto. Considerada en relación a nuestras inteligencias (esprits), es una luz necesaria para esclarecerlo.

3er punto. Considerada en relación a nuestra voluntad, es una piadosa afección que somete la inteligencia (l’esprit) a obedecer a la luz que lo esclarece...”

“Necesidad de la fe práctica para la salvación.

1er punto. La fe práctica es necesaria para la salvación, de ahí que:

2do punto. ¡Qué pocos se pueden salvar, incluso entre los cristianos!

3er punto. ¡Qué gracia hace Dios a los que llama a un estado de fe y de fe práctica! Este es propiamente el estado religioso. El estado religioso es especialmente un estado de fe.”

“El religioso hará continuamente cuatro homenajes a la fe.

1° Un homenaje de sumisión, que le hace escucharla con docilidad.

2° Un homenaje de afección, que le hace amarla con ternura.

3° Un homenaje de celo, que le hace defenderla con ardor.

4° Un homenaje de acción, que le hace honrarla con sus obras.”

“La felicidad de la fe.

1°. Títulos gloriosos y consolantes que nos da la fe: hijos de Dios, de la Iglesia, etc., sacerdotes, reyes, profetas, etc, Perdería todas estas ventajas si rompiera los lazos indisolubles que me unen a la Iglesia.

2°. Mi fe es una regla invariable que me da firmeza ante todas mis dudas.

3°. Es mi sólida consolación en todas las penas de la vida.

4°. Es el pensamiento saludable que me conforta en el momento de la muerte.”

“Del servicio de Dios. *Illi soli servies (A él solo servirás. Dt 6, 13 y Mt 4, 10)*”

“Transición. Hemos presentado los homenajes que debemos hacer a la fe. Hablando de la fe y de los vínculos contraídos con ella, o de los cuatro homenajes que le debemos, ya os he hablado del servicio de Dios o de los deberes que él nos impone. Pero, ¿podría haceros contemplar al divino Maestro que es el gran objeto de nuestra fe? Me parece esencial haceros considerar distintamente (8° meditación) su grandeza, su autoridad, su bondad y su misericordia. Conocéis su justicia meditando el pecado y los fines últimos.”

“Notas sobre las meditaciones.”

“Sobre la 1ra (meditación). La fe es un don de Dios, una cierta participación de la luz divina. *Haz resplandecer sobre nosotros la luz de tu rostro (Sal 4,7). Un don que descende del Padre de la luz (Stg 1,17). El Dios que dijo que la luz brille en medio de las tinieblas, es el que ha brillado en nuestros corazones para hacer resplandecer el conocimiento de su gloria (2 Cor 4, 6). El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz; habitantes en la región de las sombras de muerte, la luz ha salido para ellos (Is 9,1); creer en el corazón conduce a la justicia (Rm 10, 10); corazones tardos para creer (Lc 24, 25); fueron rebeldes a la luz, desconocieron sus caminos y rechazaron caminar por sus senderos (Job 24,13).*”

“Sobre la 2da meditación. De la fe práctica.”

“Quien creará y fuere bautizado será salvado (Mc 16, 16); Jesucristo nos ha dado la explicación: Id, enseñad a todas las naciones y bautizadlas, enseñándoles a observar todo lo que yo os he prescrito (Mt 28, 19-20). Adecuemos nuestra conducta a nuestra creencia, ante todo a la vista de las verdades misteriosas y después a la vista de las verdades morales.”

“Segunda serie. Ejercicios antes del mediodía.”

“1ra meditación. De la fe práctica: su necesidad para la salvación. *Sin la fe es imposible agradar a Dios* (Hb 11,6).

1er punto. La fe práctica o activa, es necesaria para la salvación. De ahí:

2do punto. ¡Qué pocos se salvan, incluso entre los cristianos!

3er punto. ¡Cuánta gracia hace Dios a aquel que llama a un estado de fe y de fe práctica! Este es propiamente el estado religioso.”

(Retraite de 1817. Notes autographes de M. Chaminade, en EP, V, 350-351, 353-354)

El fundador maduró la importancia de la fe en el desarrollo de la vida espiritual a partir de la década de los años 1830, cuando comenzó a redactar las Constituciones de la Compañía de María y los diversos métodos de oración y de instrucción en la vida espiritual. Esta es la década de mayor personalidad y creatividad del pensamiento teológico y espiritual del beato Chaminade. Por lo que se refiere a la doctrina de la fe, Chaminade entiende que esta virtud teologal se erige en “base y cumbre a la vez de la vida de perfección, envuelve, guía y corona todo el trabajo espiritual que supone siempre el ascetismo.” (Armbruster, *Escritos de dirección* I, p. XXXIV). La fe, por tanto, procura la cristoformidad y la divinización.

Esta manera de concebir la vida espiritual ya aparece en el primer método, llamado ***Dirección de la Compañía de María*** (probablemente compuesto entre 1825 y 1829). Chaminade ha querido definir el método espiritual propio de la Compañía de María para alcanzar la conformidad con Cristo, a ejemplo de la “muy santa e inmaculada Virgen María”

“Nota. Todas estas virtudes de preparación, de purificación y de consumación están indicadas por el texto de san Pedro: “Esforzaos de ir la fe hacia la virtud, de la virtud a la ciencia, de la ciencia a la abstinencia, de la abstinencia a la paciencia, de la paciencia a la piedad, de la piedad al amor de la fraternidad, del amor de la fraternidad a la caridad divina. Es por la práctica de estas virtudes que llegamos al perfecto conocimiento de Jesucristo y de la vida eterna. Amen.” (1 Pe 1, 5-8).”

“Nosotros añadimos a estas virtudes de consumación algunas reflexiones sobre la vida interior que debe llevar un buen religioso de María.”

“1º Esta es la vida de la fe. *El justo vive de la fe* (Rm 1, 17 y Hb 10, 38). Todos sus pensamientos, todos sus deseos, todas sus obras, todas sus acciones están fundadas en la fe, que es la raíz de nuestra justificación.”

“Vivir de la fe constituye el bien (“bonheur”) de un religioso sobre la tierra, similar a un vivir en la gloria; es la felicidad eterna de los santos en el cielo.”

“Esta es la vida de María, nuestra augusta Madre y Patrona; por ello, santa Elisabeta hizo este magnífico elogio: “Feliz tú que has creído, porque lo que el Señor te ha dicho será cumplido en ti.” (Lc 11, 45).”

“2° Esta es la vida de la esperanza. Creemos porque Dios ha hablado y esperamos porque Dios ha prometido. (...).”

“3° Esta es la vida del amor, el más alto punto de perfección (...).”

“No olvidemos de animarnos al amor de la santísima e inmaculada Virgen María. (...).”

(Chaminade. *Ecrits sur la foi*, nn. 864-866)

La mayor novedad en el empleo de *la doctrina de la fe con fines espirituales* fue que condujo al padre Chaminade a desarrollar una *comprensión mística* de la misma. Esta es una novedad en el pensamiento del padre Chaminade, que solo encontramos cuando habla de la vida espiritual. También aquí se trata de una *noción tomista de la fe como ciencia de los santos*, que entiende la fe como acto del hombre ordenado a la salvación, dando así comienzo en el creyente a la vida gloriosa de los bienaventurados en el cielo. Del mismo modo que los santos en la visión beatífica del cielo conocen directamente los misterios tal cual son en Dios, en virtud de su asimilación a la vida trinitaria, de la misma manera, la fe nos otorga un conocimiento de Dios por la participación en su naturaleza divina. La fe nos permite conocer anticipadamente en la tierra las verdades reveladas, tal como las conocen los bienaventurados en el cielo. La fe es, entonces, sobrenatural porque al tener por objeto a Dios y su salvación, su conocimiento sólo se puede alcanzar si Dios mismo capacita nuestro entendimiento por asimilación a su naturaleza divina (*Summa Theologica* II-II, 68, 4 ad 3; 113, 4; II-II, 5, 3 ad 1). Según santo Tomás el conocimiento de Dios y de las verdades reveladas que nos procura la fe acontece mediante el conocimiento del hombre por connaturalidad con Dios, que nos da la caridad y los dones del Espíritu Santo (Santo Tomás en *QD De Ver.*, q. 14a. 1; *In Boet. De Trinitate*, q. 6a. 1; a. 3 ad 4). Es posible que Chaminade haya recibido esta comprensión mística de la fe de la espiritualidad de la Escuela francesa, en tanto que la fe nos une a Cristo, haciéndonos participar místicamente en su estado de crucifixión, por el que el creyente muere al hombre viejo.

El fundamento escriturístico de esta comprensión mística de la fe divinizante se encuentra en II Pe 1,4: “Para que os hagáis partícipes de la naturaleza divina. La fe es una gracia que se ofrece al hombre que lo asimila a la vida divina por un proceso de transformación y conformación a la voluntad de Dios. Esta enseñanza está expuesta en los métodos de formación del noviciado y en el **Cuaderno D** en el que el beato Chaminade esbozó la redacción de las Constituciones. Vemos un ejemplo en el método de *Oración de fe y de presencia de Dios*, compuesto poco antes de 1829.

“La oración de presencia de Dios unida a la oración de fe es una atención apacible a la presencia de Dios, que hace que un alma le mire a la luz de la fe con toda la atención de su corazón, sin querer otra cosa que a él. Sin cesar, el alma contempla esta luz de la fe, dejándose ella misma mirar. La luz de la fe le hace considerar en todos sus atributos y en todos sus efectos.”

(...)

“Nota 4. Cuando la fe se ha acrecentado considerablemente, uno ama mantenerse en la presencia de Dios e, incluso, en la presencia de la santa humanidad de Jesucristo. La fe nos une en alguna manera con Dios; nos pone en comunicación con Dios mismo; nuestro espíritu con su Espíritu; nuestro corazón con su Corazón; las luces de su Espíritu pasan al nuestro; ya no vemos los objetos nada más que como Dios los ve; no los juzgamos sino como Dios los juzga; poco a poco todos nuestros prejuicios se disipan; nos hacemos sabios en la ciencia misma de Dios, así como es la ciencia de los santos.”

“Los conocimientos que se nos comunican por la fe son preferibles a todos los conocimientos humanos, a todos los conocimientos naturales y sobrenaturales, a los conocimientos de Adán en el Paraíso terrestre, a los conocimientos de la admirable sabiduría de Salomón.” (...).”

(Oraison de foi et de présence de Dieu, en EP, 6, pp. 568.570)

En fin, Chaminade ofrece la doctrina de la fe deificante en el **artículo 322 de las Constituciones de 1839**:

“En esta vida de Jesucristo es en la que la fe nos ha hecho entrar, que la fe misma, al igual que su divino autor, no puede tener nada en común con el hombre viejo, reteniéndonos siempre en el estado de muerte mística, para unirnos cada vez más íntimamente a Dios y divinizarlos de alguna manera.”

Relacionado en cierto modo con la fe mística o deificante se encuentra el objeto cristocéntrico y pneumatológico de la fe. La fe nos une a las tres Personas de la Santísima Trinidad. Al aplicar la doctrina de los tres principios y de los tres significados del acto de fe a la persona de Jesucristo, Chaminade alcanza la perfecta trabazón de la sistemación teológica de su pensamiento, al afirmar que el acto de fe *Creo en* se dirige por igual a *creo en Dios* y a *creo en Jesucristo*. Esta enseñanza del beato Chaminade se encuentra en su preocupación por enseñar a rezar y formar en la vida interior a sus nuevos religiosos. Al iniciarse la década de los años treinta, Chaminade se encuentra en plena posesión de una doctrina de la fe acabada y estable, y armónicamente integrada en el conjunto de su pensamiento dogmático y espiritual. Esta solidez es lo que explica la madurez de su pensamiento teológico. A este momento pertenecen diversos métodos de oración y dirección, como la *Dirección sobre el método de oración* (1830), la *Oración de fe y de presencia de Dios* y la *Práctica de la oración mental. Vía purgativa*. Pero fue en el *Manual de dirección en la vida y las virtudes religiosas de la Compañía de María* (1829) en donde encontramos los desarrollos cristológicos y pneumatológicos de la fe más completos.

Respecto al cristocentrismo de la fe, Chaminade aplica los tres principios de la fe en Dios a la fe en Jesucristo. De este modo, Jesucristo es nuestro Creador, Señor, Maestro y Redentor. En consecuencia, el primer artículo del Credo –“creo en”- viene referido a Jesucristo. Escribe en el **Manual de dirección a la vida y a las virtudes religiosas en la Compañía de María** (1829):

“Sobre el 2° y 3° artículos del Credo de los Apóstoles: Creo en Jesucristo, su Único Hijo, Nuestro Señor, que ha sido concebido de Espíritu Santo; ha nacido de la Virgen María. La vida eterna es que te conozcan a ti, Dios verdadero y a aquel al que tú has enviado, Jesús (Jn 17, 3). Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16, 16).”

“Nota. Después de algún progreso en la fe en la Divinidad de Jesucristo y la maternidad divina de María, será bueno detenerse un poco sobre las dos últimas palabras del 2° artículo del credo *Nuestro Señor*. Sí, Jesucristo es nuestro Creador y nuestro Señor y nuestro Maestro; Jesucristo es nuestro Creador y nuestro Redentor. ¡Cuán mayor Maestro que, por amor, nos ha hecho salir de la nada y nos ha comprado a precio de su sangre!”

“2° Se podrá aquí interrumpir, por así decir, el plan de dirección para dar algunas nociones sobre las dos primeras palabras del credo: *Creo en*. Creo en Dios. Creo en Dios. Creo en Jesucristo. Esto significa que no solamente se cree que hay un Dios, sino, más aún, que se le ama y se espera en él; que existe Jesucristo, Hijo único de Dios, y que se le ama y se espera en él.” (...)

“3° El Director debe hacer retornar sobre esta palabra del 2° artículo del Credo: *único, Hijo único del Padre*. Esta es, efecto, una verdad fundamental de nuestra fe y de nuestra religión, que Jesucristo es verdaderamente Hijo de Dios e Hijo único de Dios, por naturaleza y no por adopción; natural, teniendo la misma naturaleza y la misma substancia que la de su Padre. El Padre, en su conocimiento de sí mismo, produce su Hijo y esta producción es llamada generación *Tú eres mi Hijo y yo te he engendrado hoy* (Sal 2, 7)” (...)

“5° Es de fe que Jesús Hombre-Dios es el hijo único de María, según la carne. (...)”

(Manuel de direction a la vie et aux vertus religieuses dans la Société de Marie, en EP, 6, pp. 644-646)

En el mismo Manual, Chaminade se detiene a explicar la acción del Espíritu Santo, que recibimos en el bautismo y nos fortalece en la confirmación y nos lava del pecado original. De este modo, el Espíritu actúa en nosotros todas las operaciones de la vida espiritual y teologal. Toda la vida del cristiano, las obras de la fe práctica y de la fe salvadora son obra del Espíritu Santo, a través de sus dones de sus dones.

“8° Es indispensable ejercitar a los novicios en la fe del 8° artículo del credo: *Creo en el Espíritu Santo*. La luz de la fe en el Espíritu Santo hará ver que el Espíritu Santo es en Dios una tercera persona y un solo Dios con el Padre y el Hijo. Es un Espíritu divino, invisible, que no se puede ver ni tocar, si bien está presente en las Santas Escrituras bajo formas sensibles; es una substancia puramente espiritual. Es una substancia que no puede ser separada del Padre y del Hijo, aunque muy del uno y del otro; es lo que hace una persona en la Adorable Trinidad. Es una substancia que puede ser comunicada y que lo es en efecto; pero permaneciendo siempre inseparablemente unido a las otras dos personas. El Espíritu Santo es quien nos conforma a Jesucristo y nos hace vivir su propia vida. *Habéis llegado a ser partícipes de la naturaleza divina* (Pe 1, 4).” (...)

“Es este Espíritu Santo el que desciende sobre nosotros en el bautismo, que nos lava de nuestro pecado original, que nos fortalece en la confirmación; es él el que se derrama en nuestros corazones y en nuestro espíritu, cuando tenemos necesidad de luz, que nos esclarece y nos dirige en nuestra conducta, que nos enardece, que nos anima en su fuego divino, que nos da la fuerza y la gracia necesarias para resistir a las tentaciones y practicar la virtud; es quien derrama sobre nosotros los dones de sabiduría, inteligencia, ciencia, consuelo, fuerza, piedad, temor de Dios, que llamamos los dones del Espíritu Santo.

“Don de sabiduría, que nos hace amar el bien, la virtud, las cosas de Dios y que nos desapega del mundo y de la necesidad de las cosas de la tierra.”

“Don de inteligencia, que nos hace comprender las verdades reveladas, tanto cuanto un espíritu limitado es capaz de ello, y nuestra obligación de creerlas sobre la palabra de Dios, a pesar de que son oscuras e impenetrables para nuestra razón.” (...)

(Manuel de direction á la vie et aux vertus..., en EP, 6, pp. 651-652)

La enseñanza de la acción del Espíritu Santo viene tratada en la **Dirección sobre el método de oración (1830)**. En él presenta la acción del Espíritu, que con sus dones sostiene y capacita sobrenaturalmente las potencias y facultades superiores del alma (intelecto y voluntad) para que el hombre pueda conocer ya amar las verdades de fe propuestas en la meditación.

“El entendimiento y la voluntad son demasiado débiles en el hombre para elevarlo hasta Dios si ellos no son sostenidos y fortificados por una ayuda sobrenatural del Espíritu Santo. El entendimiento tiene necesidad de luz sobrenatural como la de la fe o del don de inteligencia, de sabiduría, de ciencia, de consejo, que vienen del alto, del Padre las luces (Stg 1, 17). (...)”

“Si la luz divina es necesario para iluminar el entendimiento en el ejercicio de la razón, el fuego del Espíritu Santo lo es más para enardecer la voluntad, porque es difícil amar la humildad, la paciencia, la mortificación, la pobreza evangélica y todas las virtudes respecto a las cuales la voluntad debe formar fuertes resoluciones en la meditación y no contentarse de pensar simplemente en ellas y de concebir bellas ideas.”

“Sobre todo, debemos pedir la luz de la fe para iluminar nuestro entendimiento y elevarlo hacia Dios; es, ante todo, este santo ardor de la fe el que debemos desear para excitar la voluntad. Así no buscaremos otros conocimientos a través de nuestras consideraciones en nuestra oración que los que la fe nos dará; no enardeceremos nuestra voluntad nada más que por los motivos sugeridos por la fe; no nos resistiremos a las luces que el Espíritu de Dios querrá comunicar a nuestro entendimiento por los dones de inteligencia, sabiduría, ciencia, consejo, ni las mociones afectivas que dará a nuestra voluntad por los dones de fortaleza, de piedad, de temor del Señor; pero por nosotros mismos nos sostendremos sobre la fe.”

“Lo esencial es entrar en la oración a través de un acto de fe en la presencia de Dios y de su infinita grandeza, ante la que no somos nada más que una nada de cuerpo y alma, una nada de esencia, de facultades y de acción, una

nada de todo bien, sea de naturaleza, sea de gracia. Este sentimiento debe reinar generalmente durante toda la oración y poco a poco adquiriremos la costumbre de conservarlo a lo largo de la jornada en medio de nuestros actos y de nuestros trabajos.”

(Direction sur la méthode d’oraison, en EP, 6, pp 566-567)

Como se ve, la enseñanza de la fe mística se desarrolla pareja con la formulación de la fe del corazón, que en los años treinta adquiere su plena formulación. De esta forma, Chaminade armonizó los argumentos extrínsecos del creer con los argumentos interiores a la persona, basados en el deseo natural de anhelar su salvación. Al mismo tiempo que hace esta síntesis teológica, inserta el acto de la fe en el dinamismo de la vida espiritual y, sobre todo, lo convierte en la columna vertebral de la oración personal.

Exponemos a continuación esta dimensión orante de la fe

c) Fe y oración: La oración de fe

La relación fe-oración es una de las aportaciones más originales del beato Chaminade en su enseñanza de la fe. Esta enseñanza ya se encuentra en las cartas de dirección espiritual a la señorita de Lamourous, y está presente a lo largo de toda su vida ministerial debido a su interés por enseñar a rezar a los laicos de la Congregación mariana y a sus nuevos religiosos, convencido de la importancia de la oración en la vida espiritual para llegar a la santidad y formar misioneros de la fe, íntimamente convencidos de la verdad divina y salvadora que viven y anuncian. Esta convicción quedó genialmente plasmada en el artículo 34 de las Constituciones de 1839, donde dice: “Se asienta el principio de que le es imposible al hombre elevarse a la perfección religiosa sin la oración, y de que cuanto más se da el religioso a este ejercicio, tanto más se acerca a su fin, que es la conformidad con Cristo.”

El beato Chaminade fue un maestro de oración; para él, la fe penetra la oración hasta llegar a convertirse en una “oración de fe y de presencia de Dios”. Nunca separó la fe de la oración. Fe y oración se convierten en una fórmula de valor pastoral y en uno de los nervios de su pensamiento sobre la fe. Así se lo escribe al padre Chevaux, el 24 de enero de 1837: “Se lo vuelvo a repetir al final, trabaje para llegar a ser un hombre interior, un hombre de fe y de oración”. “Hombre interior”, “de fe y de oración”, son para Chaminade las virtudes creyentes de la Virgen María y, por lo tanto, la virtud característica de la Compañía de María: “El espíritu de la Compañía es el espíritu de María” (Regla de Vida SM 1983, art. 114).

El pensamiento de Chaminade sobre este punto aparece bien formado desde las primeras **cartas de dirección a la señorita de Lamourous. El 27 de mayo de 1796** le escribe:

“Pedirá frecuentemente a Dios activar en usted las potencias que nos deben hacer cumplir las acciones sobrenaturales de las virtudes. Al igual que nuestra alma actúa naturalmente por sus tres potencias o facultades, el entendimiento, la memoria y la voluntad, del mismo modo, lo que llamamos

Espíritu actúa por tres facultades que hemos recibido en el bautismo: la fe, la esperanza y la caridad. (...)

“Empleará usted para la oración de la mañana una oración mental, de un cuarto de hora al menos. Comenzará adorando a Dios interiormente y diciendo para sí misma: “¡no soy nada más que ceniza y polvo; me presento ante ti mi Dios!” A continuación, recitará lentamente el Credo de los Apóstoles (si se encuentra sola, puede postrarse por tierra para hacer el acto de adoración; seguidamente, poniéndose de rodillas, diréis el Credo con los brazos extendidos).”

“Terminada esta preparación, se mantendrá en la presencia de Dios, con el mayor recogimiento. La disposición en la que se debe hallar su alma, la del recogimiento, es un sentimiento simple, bien sea de fe, de esperanza o de caridad o acatamiento a la voluntad de Dios. Terminará su oración pidiendo a Dios que le conceda la gracia de mantenerla todo el día en el recogimiento y de no actuar nada más que por motivos de fe, etc.”

“Intente organizarse para tener por la tarde otro cuarto de hora, al menos, para repetir la misma oración (...)

A la luz de esta carta de dirección a Teresa de Lamourous podemos decir que **la aportación personal del padre Chaminade se puede resumir en la fórmula: “oración de fe”**. Este tipo de oración **consiste en meditar con asentimiento de fe sobre las verdades reveladas y expuestas, bien sea en el Credo apostólico, bien en las Sagradas Escrituras.**

Cfr., Armbruster, “Le Credo chez le Père Chaminade”, *Revista Marianista Internacional* 9, abril 1988, p. 6-17.

El interés del Misionero apostólico por la oración y por enseñar a orar se debe a que en el acto de orar se ejercita el acto de fe. Esto es, con toda la pureza sobrenatural del Espíritu Santo que actúa en el orante y con todo el asentimiento afectivo y cordial que el orante presta a la verdad dogmática que está meditando, porque esta verdad del Credo o de las Escrituras es la verdad de Dios; es decir, Dios mismo. Así entendida, la oración ejercida con fe sobre las verdades reveladas es fuente y crecimiento de la fe personal. En este sentido, la oración se propone como el punto culminante de la fe. En la instrucción a los congregantes, **Algunas reflexiones y observaciones sobre el ejercicio de las tres potencias o facultades del alma en la meditación**, tenemos recogida esta enseñanza:

“Segunda reflexión: El gran bien de la meditación no es solamente conocer la verdad y convencerse de ella; sino, sobre todo, ser tocado en la voluntad y adquirir fuertes resoluciones. (...)

“Se supone, que se está bien convencido de que todos los esfuerzos que se puedan hacer serán inútiles sin la gracia y que, por consiguiente, en proporción a la acción del entendimiento hay que elevarse hacia Dios, tenerse confiadamente en su presencia, orar, clamar, gemir; pero sin turbar la acción o ejercicio de las facultades (inteligencia y voluntad), porque la gracia acompaña este santo ejercicio y porque las verdades de la fe son como un sacramento que actúan sobre la voluntad.”

“Tercera reflexión: El entendimiento actúa por sus operaciones al igual que la voluntad por sus afectos. (...)”

“El entendimiento examina, considera, se forma ideas, las contempla, compara, juzga, razona, reflexiona y presenta a la voluntad sus ideas, sus juicios, etc.

Pero todas estas operaciones del entendimiento se hacen más a la luz de la fe que de la razón. El cristiano debe estar convencido de su fe; vivamente cierto de la verdad que la fe le presenta, antes de permitirse alguna operación (intelectual o afectiva); todas estas operaciones no debe ser nada más que como aperturas que hace a la luz de la fe para que la fe entre completamente en él...

Si el entendimiento se encuentra incapaz de ejercer sus operaciones, no debe hacer ningún esfuerzo de cabeza; entonces, se ha de contentar con producir numerosos actos de fe sobre la verdad que se está meditando. Si la impotencia afectase a la memoria, se debe recordar el tema de meditación parte por parte; se puede leer poco a poco el tema de meditación y repasar mentalmente por pequeñas partes lo que se ha leído, presentándolo a la voluntad a fin de afectarla (hacerla amar la verdad meditada). Ya es un gran provecho que al terminar la meditación, la voluntad se haya visto afectada por una verdad. Esta fe afectuosa no tardará en ser operante y eficaz; pues el entendimiento y la voluntad, movidos por el Espíritu de Dios, tomarán a menudo resoluciones más concretas y más firmes que si la inteligencia (“esprit”) hubiera reflexionado y razonado con gusto y facilidad.”

(Quelques réflexions et observations sur l'exercice des trois puissances..., en EP, 4, pp. 616-617)

Con la oración de fe, el beato Chaminade ha logrado crear un método pedagógico para hacer pasar las verdades de la fe desde la cabeza (*fides quae = creo que*) al corazón (*fides qua = te creo*), para apropiarse vitalmente de los misterios revelados y adecuar la vida a los criterios y verdades de la fe. Porque, como afirma Chaminade, “El gran bien de la meditación no es solamente conocer la verdad y convencerse de ella; sino, sobre todo, ser tocado en la voluntad y adquirir fuertes resoluciones.” En la oración, el creyente pone en juego todas sus potencias y deseos orientados al amor de las verdades que contempla; de este modo, la fe objetiva y especulativa se transforma en fe subjetiva y práctica, la fe que justifica y de la que vive el justo: la fe del corazón. Es decir, para formar misioneros de la fe, no basta la instrucción religiosa, además, es necesario enseñar a orar y practicar la oración de fe. Solo un hombre de fe y de oración puede llegar a ser un misionero de la fe.

Por todos estos motivos, G. José Chaminade buscó enseñar a meditar a sus nuevos religiosos. Para ello, puso la meditación en relación con la fe; y así, hace de la fe el principio formal de toda la vida cristiana: la conversión a Dios, la conducta moral virtuosa, la orientación final salvadora de la vida y la misión. La fe proporciona el sentido de la presencia de Dios en el cotidiano de nuestra vida y en la oración.

La enseñanza de la oración a sus nuevos religiosos fue uno de los campos de actuación que más energías exigió al beato Chaminade, obligándole a leer a muchos autores espirituales y a escribir y hacer escribir numerosos métodos de oración. Esta es

una de las aportaciones más originales de Chaminade en su propuesta de creer: Manteniéndose fiel a la doctrina católica de la fe, enunciada en el Concilio de Trento, Chaminade enseña a meditar justamente sobre las verdades de la fe, para llegar a una posesión personal de las promesas de Dios allí contenidas. Por ejemplo, la doctrina tridentina de la fe, en tanto que comienzo, fundamento y raíz de la justificación aparece tratado en las ***tres conferencias sobre la fe y la oración a las religiosas marianistas de la comunidad de Agen, a principios de agosto de 1821***. La exposición sobre la fe ocupó la segunda conferencia.

Conferencias del Buen Padre Chaminade sobre la fe (y la oración)

“1) La fe es el comienzo de toda justificación. La fe debe ser el principio de todo retorno a Dios si se quiere que sea real; a través de la fe debemos comenzar a atraer las almas al bien (...); por la fe debemos comenzar, continuar y acabar la obra de nuestra salvación (...).

2) La fe es el fundamento de toda justificación. Toda virtud de la cual no es la base no es duradera (...).

3) La fe es la raíz de todas las virtudes; (...) cuanto más grande es nuestra fe, más se fortalece nuestra virtud Multipliquemos nuestros actos de fe durante la jornada, sobre todo en la presencia de Dios.”

(Notas de Adela, madre María de la Concepción, EP, 6, pp 96-97).

Esta enseñanza adquirió su mejor expresión en la fórmula “oración de fe”. Encontramos ya la expresión y el método en las **once conferencias sobre el estado religioso a las Damas de la Misericordia**. En la **tercera conferencia del 14 de enero de 1820**, con el tema la oración de fe, nuestro método, Chaminade expone su enseñanza.

“Es bueno examinar cómo debemos hacer nuestras meditaciones, para preservarnos de las ilusiones del espíritu maligno que a menudo encuentra el medio para insinuarse en la más santa de nuestras acciones, con la finalidad de bloquear o disminuir su feliz resultado.

He aquí un principio infalible que siguiéndolo nos pondrá al seguro de sus engaños y de toda ilusión: consiste en hacer nuestras meditaciones apoyados sobre alguna verdad de la fe, como por ejemplo sobre estas palabras tan consoladoras que nuestro Señor Jesucristo pronunciará al final de los tiempos: “Venid a mí benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado desde el comienzo del mundo (Mt 25, 34).

... ..

Pero no olvidemos, sobre todo, que para hacer bien nuestras meditaciones y obtener su fruto, no debemos comenzar nunca sin antes haber sido vivamente penetrados por la presencia de Dios y sin antes hacer numerosos actos de una fe viva en esta adorable presencia. Porque si estamos íntimamente convencidos de que Dios nos ve, nos escucha y lee hasta en lo más secreto de nuestros corazones, cuales sean los sentimientos y las verdaderas disposiciones, ¿cómo será posible con tal convicción, que no obtengamos verdaderos frutos de un favor tan apreciable como el de estar entretenido con Dios?

... ..

Escogeremos este método: consistirá en dedicarnos a meditar sobre algún pasaje del Evangelio; renovando a menudo nuestros actos de fe sobre la verdad que meditamos y sacar de ella una resolución práctica que pondremos en práctica, por lo menos de una meditación a la siguiente; haciendo suceder la práctica a la meditación y la meditación a la práctica. Excelente método para no abusar del favor que Dios nos concede admitiéndonos a su audiencia.”

(Armbruster, *Écrits sur la foi*, pp. 434-435; las notas son de Teresa de Lamourous, por eso no se recogen en EP, cfr vol 5, p. 635).

Como en las otras dimensiones de la fe (la objetiva de la *fides quae* y la subjetiva de la *fides qua*), también en este campo de la vida espiritual, el beato Chaminade adquirió un alto grado de maestría teológica y pastoral cuando se vio obligado a componer las Constituciones de la Compañía de María, gracias a sus abundantes lecturas y a su reflexión personal. En el llamado **Cuaderno D**, que contiene los esbozos de puño y letra del fundador para redactar las Constituciones definitiva, expone la doctrina espiritual sobre la fe, en la línea de la fe mística, en tanto que ella es el principio de divinización de la persona. Es posible que este modo de pensar la fe y la vida espiritual proceda de la *Escuela francesa de la conformidad con Cristo* por obra del Espíritu Santo, con la cooperación de la Virgen María. Escribe así en el **Instituto de la Compañía de María**:

“María es realmente la Madre de los cristianos, la Madre de los predestinados, la Madre de los discípulos de Jesucristo. Como Jesucristo ha sido concebido en el seno virginal de María, según la naturaleza, por la operación del Espíritu Santo, de igual manera todos los elegidos son concebidos según el Espíritu por la fe y el bautismo en las entrañas de la tierna caridad de María. Todo cuanto lleva María en su seno no puede ser otro que el mismo Jesucristo y no puede vivir nada más que la vida de Jesucristo. Los cristianos son los miembros del cuerpo místico de Jesucristo; no forman nada más que uno solo con Jesucristo; se puede decir que cada cristiano *es nacido de la Virgen María* (Mt 1, 16). ¡Qué medio tan poderoso para alcanzar la semejanza de Jesucristo, que el tener por Madre a la Madre del mismo Jesucristo”.

(Cuaderno “D”, Institut de la Socièté de Marie, en EP, 7, p.247)

Chaminade enseña a sus religiosos en el **Manual de dirección a la vida y a las virtudes religiosas en la Compañía de María** que:

“Al introducirse en la meditación (a un novicio) se debe instruir bien en la fe *como comienzo, fundamento y raíz de toda justificación*, que ya se habrá ejercitado en la fe en Dios, en Jesucristo y María, Madre de Dios, etc. (...) Un director (de novicios) no debe esperar ningún éxito de sus trabajo si antes no ha estado atento a purificar y a hacer crecer la fe de sus novicios (“élèves”) y hacerles actuar con espíritu de fe. El Espíritu de Jesucristo no opera en nosotros nuestra conformidad a este divino Modelo nada más que en proporción a que tengamos más fe. (...)

(Citado por Armbruster, *Écrits sur la foi*, 385-386, según *Écrits de Direction*, II. n. 411, p. 174)

Aviso a los directores (de novicios). Este principio da a los directores tres objetivos en su solicitud en relación a la fe: purificar la fe, hacer crecer en la fe y actuar por la fe:

Purificar la fe: Muchos profesan su fe en Dios, en Jesucristo, en María (... Chaminade afirma que esta supuesta fe se refiere a los prejuicios que tienen los jóvenes novicios sobre Dios, Jesucristo y María, que no se corresponden con la fe eclesial).

Hacer crecer la fe: hacer multiplicar los actos de fe (...).

Hacer actuar en espíritu de fe: Aquel que ha llegado a actuar nada más que en espíritu de fe es el que ha llegado a la consumación de esta virtud.

... ..
4º Principio. El director observa a menudo los progresos de las operaciones del Espíritu de Jesucristo en sus novicios (“élèves”) después de comenzar su educación religiosa, para hacerles cooperar, amar y animar. El Espíritu Santo, o Espíritu de Jesucristo, como Espíritu de la verdad, comenzará interiormente por la fe a descubrirnos la falsedad y la mentira de toda criatura y de todo lo que no es Dios. Nos lo hará despreciar como una nada ante el que es Todo grande, tan magnífico y tan admirable. Nos dará el gusto y por este gusto nos despojará completamente y nos llevará a Dios con ardor y nos unirá a él tan íntimamente que nos hará todo uno con él y nos consumará perfectamente en semejanza de Jesucristo consumado en su Padre ...

... ..
En el 7º Principio, Chaminade llega a decir que “el alma, establecida en la perfecta santidad, permanece puramente unida a Dios por la fe. Esta fe no se distrae por nada; no se detiene ante nada; no busca más que a Dios; incluso nos separa de nuestro apeamiento a los dones divinos. (...)”

(Manuel de direction, etc, etc, EP, 7, pp. 275. 282)

El culmen de la enseñanza chaminadiana sobre la oración fue el **Método de oración sobre el Credo**. No entramos aquí a describir este método, porque no estamos presentando la enseñanza sobre la oración sino sobre la fe. Digamos, simplemente, que el método de rezar con el Credo se encuentra relacionado con la enseñanza de san Ignacio de Loyola en el libro de los *Ejercicios espirituales*, con en el llamado “Segundo modo de orar es contemplando la significación de cada palabra de la oración” (EE 249 - 257). El método, enseña san Ignacio consiste en que “la persona, de rodillas o sentado, según la mayor disposición en que se halla y más devoción le acompaña, teniendo los ojos cerrados o hincados en un lugar, sin andar con ellos variando, diga Pater, y esté en la consideración desta palabra tanto tiempo cuanto halla significaciones, comparaciones, gusto y consolación en consideraciones pertinentes a la tal palabra; y de la misma manera haga en cada palabra del Pater noster, o de ora oración cualquiera que desta manera quisiere orar.” (EE 252). Chaminade propone hacer este ejercicio con el Credo de los Apóstoles. Chaminade expone de este método de oración, aplicándolo al Credo. (Cfr., Chaminade, *Méthode d’oraison sur le Symbole*, “Pratique pour les commençants, en EP, 7, pp. 536-539).

IV. G. JOSÉ CHAMINADE, HOMBRE DE FE

Nos quedaría por estudiar detenidamente el ejemplo de hombre de fe que supuso Guillermo José Chaminade. Por falta de tiempo no podemos hacer este ejercicio. Nos remitimos a la lectura del capítulo 13, “Chaminade, Man of Faith”, de la obra de Vicente Vasey sm, *Chaminade another portrait*, MRC (Dayton-Ohio 1987), pp. 290-312 (hay traducción francesa, *Guillaume-Joseph Chaminade (1761-1850). Un nouveau portrai*, ed Téqui, Paris 2006).

En sustancia, Vasey propone a Chaminade como el ejemplo del hombre de fe, por su vivo sentido de la presencia y actuación providente de Dios en todas las cosas, circunstancias y situaciones de la vida humana, de la Iglesia, del mundo. Con esta convicción de fe, el hombre creyente actúa por motivos de fe y no de la sola razón humana. De hecho, una vez que Chaminade estaba convencido de que un acontecimiento o una acción a emprender era voluntad de Dios, actuaba con un vigor tenaz, contra todo y contra todos. En este sentido, Chaminade se caracteriza por la firmeza de su comportamiento y una voluntad fortísima, sostenida por la fe, a fin de conseguir el objetivo propuesto por dicha fe. Por eso era lento y premioso a la hora de tomar una decisión; porque tenía que cerciorarse en la oración y en la reflexión que esta era la voluntad de Dios. Una vez cierto de que se trataba de la voluntad divina, Chaminade se mostraba inamovible en esta convicción de fe y, actuando sólo por motivos de fe (incluso en los momentos económicamente más apurados de la Compañía de María), persistente hasta alcanzar su fin. Esta actitud está en la base de su modo de ejercer la virtud de la prudencia y los dones de sabiduría y de consejo, por lo que era un consejero y un director espiritual muy apreciado.

En una carta a don Domingo Clouzet, de 12 de junio de 1830, le escribe:

“Acaso no ve usted que estamos en un orden sobrenatural, aunque parezca natural, y que precisamente, por lo mismo, todos tenemos necesidad de que Jesucristo sea nuestra fuerza y nuestra luz. Deseo que también usted se mantenga tranquilo, confiando en la Providencia, como yo hago de modo ordinario. Debemos hacer todo lo que podemos, pero siempre con paz y confianza.”

Por este motivo, hasta el último momento de su vida se mantuvo firmemente anclado en dos convicciones: 1) que la Compañía de María era de inspiración divina y 2) que también lo era su carisma de fundador –con sus derechos y obligaciones-. Por el contrario, sus Asistentes pensaron que este comportamiento del anciano sacerdote era defecto senil de un viejo tozudo y lento en su pensar y actuar. Pero, en realidad, se trataba de una actitud de fe y no de un defecto de carácter. El mismo Chaminade lo explica así en carta del 24 de septiembre de 1844 al arzobispo de Burdeos, monseñor Donnet:

“Este asunto, todo él, está tratado sofisticamente; los miembros de mi Consejo se han situado sobre el terreno de la sola razón, aunque ellos sean cristianos y religiosos; mientras que yo he permanecido, por la misericordia divina, sobre el terreno, sin duda, de la razón, pero de la razón esclarecida por la fe; esta es la diferencia esencial que hay entre el estado natural y el sobrenatural.”

Bibliografía

Fuentes:

- G. José Chaminade. “Ecrits et Paroles” (EP). Piemme-ARSG. 1994- 2009. 7 vols
- G. José Chaminade. “Lettres”. Nivelles, Havaux-Roma, AGMAR 1930-2000. 9 vols
- G. José Chaminade. “Escritos sobre la fe” (ed. B.Cueva. Presentación temática). Madrid. SM. 1977
- G. José Chaminade. “Ecrits sur la foi” (ed. J.B.Armbruster. Presentación histórica). París. Marianistes. 1992

Estudios

- Albano, Ambrogio (ed). “Diccionario de la Regla de vida SM”. Madrid. SM. 1990
- Benloch, Eduardo. “El mensaje Chaminade hoy”. Madrid. SM. 1988
- Benloch, Eduardo. “En los orígenes de la Familia marianista” (Historia marianista 18). Madrid. SPM. 2001
- Gascón. Antonio “Defender y proponer la fe en la enseñanza de G. José Chaminade” (Espiritualidad marianista 13). Madrid SPM. 1998
- Pierrel Philippe. “Por los caminos de la misión. G. José Chaminade, misionero apostólico” (Espiritualidad marianista 3). Madrid. SPM 1993
- Rueda, Juan Manuel. “Guillermo José Chaminade y el pensamiento moderno. Crítica a la Indiferencia religiosa (Espiritualidad marianista 17). Madrid SPM 2002

+++++